

Cultura, actores y desarrollo en contextos comunitarios locales*

Xan Bouzada Fernández

Universidad de Vigo. Departamento de Sociología
bouzada@vigo.es

Resumen

En el presente trabajo, pretendemos defender la idea de que, frente a la clara prevalencia de la mirada económica en el reciente análisis e implantación de los proyectos y programas de desarrollo local, la perspectiva sociológica se halla en condiciones privilegiadas de aportar líneas teóricas de investigación que nos permitan avanzar más allá del economicismo y del descriptivismo que caracteriza a una gran parte de las monografías que, sobre este asunto, han sido publicadas en nuestro país a lo largo de los últimos años. Para ello, nos detendremos en aplicar algunas de las propuestas metodológicas referenciadas en este trabajo, tales como el análisis estratégico y la teoría del actor-red al análisis de la implantación de los programas Leader I y II puestos en marcha en Galicia (Arzúa-Portodemouros, Ancares y Monterrei) durante la segunda mitad de la década de los noventa. Este análisis nos permitirá constatar que la utilidad de la perspectiva metodológica de dominante *individualista* de Crozier-Friedberg, la cual subraya la capacidad estratégica del actor, puede ser complementada tanto con las aportaciones de Callon-Latour acerca de la relevancia de la dimensión *grupal* de la acción reflejada en una estructura de redes capaz de encarnar y articular los modos de acción de los actores, como también con los planteamientos de G. Vautrin, P. Teisserenc o M. Woolcock, sobre todo en lo relativo a su apuesta por no relegar la dimensión *cultural* y *social* en el estudio de las dinámicas de desarrollo local.

Palabras clave: desarrollo local, actor social, red social, capital social, cultura.

Abstract

In this work we argue that against the present popularity of the economic point or view on the analysis and implementation of local development projects and programmes, the sociological perspective is on the privileged position of offering theoretical tracks of investigation that let us overtake the economicism and descriptivism which are usual features of a great deal of monographs on this topic. In order to do this we are applying to the analysis of the implementation of the Leader Programmes I and II in Galicia in the late nineties some methodological proposals, such as the strategic analysis and the network actor theories. This analysis will allow us to confirm that Crozier-Friedberg methodological perspective, which emphasises the actor's strategic capability, may be completed both by

* En la elaboración del presente trabajo hemos recurrido a datos y casos extraídos de las investigaciones «Análisis sociológico de los programas Leader I y II en Galicia» (Xunta de Galicia) y «Migraciones de retorno y procesos de Desarrollo Local» (MICYT), en los cuales hemos contado con la estrecha colaboración del Dr. D. Alberto Saco Alvarez así como de la del Dr. D. Xesús Laxe Picos, en la segunda de ellas.

Callon-Latour suggestions on the relevance of the group dimension of the action reflected on a network structure able to articulate the actors action, and by G. Vautrin, P. Teisserenc or M. Woolcock proposals which aim not to forget the cultural and social dimension on studying local development dynamics.

Key words: local development, social actor, social network, social capital, culture.

Sumario

Acerca de la génesis y los orígenes del desarrollo local	Acerca de los actores y sus estrategias
Acerca de los planteamientos metodológicos	Redes, sistemas de acción local y traducciones
Memoria, cultura e identidad en los procesos de desarrollo local	Acerca de los actuantes no humanos
Galicia: algunos datos básicos	Cultura, memoria y desarrollo local
Los sistemas de acción de los Leader I y II de Galicia: algunas reflexiones	A modo de conclusión
	Bibliografía

El concepto de desarrollo local disfruta hoy, como campo de análisis, de un estimable eco, no sólo en el ámbito de la sociología, sino también en el de la geografía y la economía. Hay que decir, no obstante, que la perspectiva económica es intensamente deudora de las tradiciones de la economía regional o incluso de la economía social; la geografía conecta con ese tema básicamente a través de sus previos intereses —vía geografía humana y «nueva geografía»— en la ordenación del territorio, mientras que, en el ámbito de la sociología, resultan múltiples los nexos que la vinculan con tradiciones afines como puedan ser la del desarrollo comunitario o la de la intervención social globalizada. La acuñación del término disfruta, no obstante, de un origen fundamentalmente sociológico, amparado en las preocupaciones teóricas y sociales del sociólogo bretón Paul Houée a comienzos de los años setenta.

En el presente trabajo, pretendemos defender la idea de que, frente a la clara prevalencia de la mirada económica en el reciente análisis e implantación de los proyectos y programas de desarrollo local, la perspectiva sociológica se halla en condiciones privilegiadas de aportar líneas teóricas de investigación que nos permitan avanzar más allá del economicismo y del descriptivismo que caracteriza a una gran parte de las monografías que, sobre este asunto, han sido publicadas a lo largo de los últimos años. Para ello, nos detendremos en aplicar algunas de las propuestas metodológicas referenciadas en este trabajo, tales como el análisis estratégico y la teoría del actor-red al análisis de la implantación de los programas Leader I y II puestos en marcha en Galicia (Arzúa-Portodemouros, Ancares y Monterrei) durante la segunda mitad de la década de los noventa. Este análisis nos permitirá constatar que la utilidad de la perspectiva metodológica de dominante *individualista* de Crozier-Friedberg, la

cual subraya la capacidad estratégica del actor, puede ser complementada tanto con las aportaciones de Callon-Latour acerca de la relevancia de la dimensión *grupal* de la acción reflejada en una estructura de redes capaz de encarnar y articular los modos de acción de los actores, como también con los planteamientos de G. Vautrin, P. Teisserenc o M. Woolcock, sobre todo en lo relativo a su apuesta por no relegar la dimensión *cultural* y *social* en el estudio de las dinámicas de desarrollo local.

Acerca de la génesis y los orígenes del desarrollo local

Mientras la tradición dominante de la economía clásica se formuló ignorando las dimensiones sociales del desarrollo, lo cierto es que, desde un ámbito heterodoxo como el de la economía social, durante años siguió madurando una línea de acción más sensible a las dimensiones sociales de la vida económica que estaría llamada a dar amplios frutos en las economías europeas¹. Estos frutos se han hecho también visibles incluso en la reciente tradición socioeconómica española, en la cual resultan particularmente reconocibles algunos itinerarios como el recorrido por iniciativas como la del grupo cooperativo Mondragón², que han visto trascendidos ampliamente los márgenes territoriales del municipio vasco en el que se inició esta experiencia. Pero no es solamente este sector de la economía el que ha puesto en evidencia una vitalidad de lo social y territorial que no se resigna al confinamiento en los estrechos límites de la estricta lógica del mercado. En todo caso, durante los últimos años, la aproximación entre sociología y economía, y en paralelo la recuperación del interés de la economía por el contenido social inherente a los procesos de desarrollo, ha traído consigo un auge notable de la perspectiva regulacionista que postula una recuperación del institucionalismo sociológico en relación con los procesos de carácter socioeconómico. En este aspecto, un número creciente de interpretaciones económicas contemporáneas rechazan la idea de que el capitalismo sea una simple sociedad de mercado libre, subrayando la importancia crucial de las diferentes formas de *regulación* características de las sociedades organizadas (Hodgson, 1988; Polanyi, 1989, 1992). Este reenfoque halló también, en la obra fundadora del economista inglés Alfred Marshall (1890-1948), un referente inspirador particularmente sensible a las dimensiones territoriales, sociales y culturales del desarrollo (Sforzi, 1999). En este aspecto, si los autores italianos que estudiaron los procesos de desa-

1. Según la Comisión Europea, este sector, que acoge a cooperativas, mutualidades, asociaciones y fundaciones, representa ya un 6% del PIB en Europa.
2. La experiencia cooperativa de Mondragón fue tomando cuerpo a partir de los años cincuenta. En sus inicios fue promovida por el padre Arizmendiarieta. Esta experiencia, que hoy cuenta en su haber con iniciativas empresariales tales como el grupo Ulgor-Fagor o las empresas Eroski y Consum, ha atraído la atención de diversos estudiosos de la economía social (Bardley y Gelb, 1985; Sharryn, 1993) y, entre otros, la de W. Foote Whyte Jr. (1990), cuyo padre fuera autor de *Street Corner Society*, una de las obras clásicas de la sociología de la comunidad urbana.

rollo localizados en la Terça Italia (Bagnasco, 1988; Beccattini, 1987) han puesto sobre el tapete la vitalidad que la economía puede alcanzar en ámbitos locales en virtud de su capacidad para facilitar la convergencia de recursos humanos, sociales e institucionales favorables, entre nosotros no han estado tampoco totalmente ausentes algunos diagnósticos de características semejantes, los cuales, en torno a los años ochenta, han dado cuenta de la existencia, también aquí, de este tipo de dinámicas. En este sentido, resulta representativa la obra de Vázquez Barquero (1988), la cual nos aportó en su momento, y desde una perspectiva de vocación socioeconómica, el análisis de un grupo de experiencias de desarrollo local que habían ido tomando forma en España durante las décadas anteriores. En una dirección similar y desde una perspectiva más decantadamente sociológica, el trabajo de López-Casero Olmedo (1989) sobre el desarrollo local en las agrocidades mediterráneas representó asimismo una aproximación atenta a las dimensiones de la estructura social de las comunidades investigadas, la cual en muchos aspectos resulta también paralela a las que en esos mismos momentos se llevaron a cabo en Italia.

Por otro lado, la sociología, en particular la anglosajona, ha mantenido desde sus orígenes como disciplina, y de manera particular con base en la tradición de la Escuela de Chicago, un interés central en el estudio de las comunidades no sólo urbanas, sino también rurales, el cual le condujo de modo recurrente a ocuparse tanto de analizar como de racionalizar los modos de intervenir en este tipo de procesos locales de desarrollo. En algunos casos la relación es estrecha. Si la socióloga norteamericana C.F. Ware fue una de las primeras autoras en ocuparse, en el estudio del campo de la sociología, de la comunidad con su clásico *Greenwich Village*, ella misma fue también pionera en el desarrollo de manuales orientados al desarrollo comunitario (Ware, 1935, 1986), del mismo modo, los sociólogos de la comunidad ingleses C.M. Arensberg o H. Newby han transitado ese doble itinerario que los llevó de la interpretación y comprensión de los procesos a la aplicación de sus conocimientos al ámbito del desarrollo de comunidad. Si Peter Willmott inició sus labores investigadoras con M. Young estudiando las dinámicas sociofamiliares de la comunidad urbana del este de Londres, en los últimos tiempos avanzó en la revisión y en la apertura de líneas de trabajo (1963, 1989) orientadas hacia la aplicación de estrategias de desarrollo comunitario y local. El mismo Selznick (1949), con su pionero trabajo sobre la experiencia fundadora de TVA (Tennessee Valley Authority), promovida al amparo del renovador New Deal de F. D. Roosevelt, constituye un buen ejemplo también de cómo una perspectiva institucionalista nos puede permitir aprehender esa doble tensión entre análisis y aplicabilidad, la cual forma parte de la sustancia misma de este campo teórico. No se ha comportado de un modo diferente el área de la antropología. Ejemplos como el itinerario investigador de G.M. Foster (1974, 1988) y su fecunda bibliografía, nos permiten observar el tránsito de ese doble itinerario en sus investigaciones antropológico-culturales que lo llevaron del análisis de las lógicas de funcionamiento de las sociedades campesinas tradicionales a los modos de orientar sus procesos locales de modernización y desarrollo.

En el eje de la crisis ideológica, social y económica de los años setenta y ochenta, varios fueron los autores que se plantearon incisivas preguntas sobre la orientación del desarrollo y la exigencia de volver la vista sobre el territorio local privilegiando la accesibilidad de su escala: Schumacher (1980), Friedman y Weaver (1979), Stöhr y Taylor (1981) o, más recientemente, Krugman (1996) o Lummis (1996) no han dejado de plantear la recurrente cuestión del sentido y la escala humana del desarrollo.

También en ese mismo momento la obra de Piore y Sabel (1984/1990) vino a llamar la atención sobre las profundas transformaciones sociales contextuales que se estaban produciendo en el escenario socioeconómico, las cuales, al amparo de unas dinámicas económicas más flexibles, proporcionaban una oportunidad favorable para la aparición de iniciativas económicas locales.

Si tenemos en cuenta el importante peso relativo de la sociología de la comunidad en las tradiciones inglesa y norteamericana, no es raro que, en el ámbito anglosajón, se haya acuñado un término mestizo *Community Economic Development* para denominar este tipo de dinámicas que allí estaban llamadas a evocar y a inspirarse en la propia tradición del *Community Development*. En este aspecto, la obra de autores como Pell (1994) y Twelvetrees (1998) refleja esta solución de engarce y compromiso con el legado específico a la propia tradición anglosajona.

De todos modos, el honor de haber acuñado el concepto de *desarrollo local* le cabe a un intelectual bretón con los pies bien ubicados en tierra y que en su momento puso en marcha, en la comarca de Le Mené, cerca de Rennes, una experiencia de intervención socialmente planificada que, en muchos aspectos, resultaría inspiradora para los programas de desarrollo local que algunos años más tarde acabarían siendo asumidos y promovidos desde la Unión Europea: Paul Houée (1985, 1989, 1999). Este sociólogo investigador del INRA, sacerdote y, en su momento, también alcalde de un pequeño ayuntamiento bretón, formuló esta propuesta y acuñó su concepto, amparándose en un legado crítico en el que la perspectiva económica humanista de F. Perroux chocaba con otra perspectiva también humanista, la de J.L. Lebreton, interesada en pensar la dimensión humana de la economía no sólo orientada hacia el hombre, sino más sustantivamente concebida desde, con y para el hombre. Por todo ello, y dentro de la aportación de la escuela francesa a este ámbito, Houée representa, con su modo de concebir el desarrollo local, un modo natural de acceso desde la propia tradición de intervención social, concretable por ejemplo en la tradición del cooperativismo católico, hacia esa dimensión emergente del desarrollo. Un acceso que tuvo lugar en un contexto de oportunidad particularmente favorable para este tipo de desarrollo como aquél que se hacía palpable en la Francia de los años sesenta y setenta. En ese momento, a una situación económica dinámica y flexible se le unía la aparición en los ámbitos locales de nuevos actores con niveles de preparación y capacidades de movilización hasta ese momento inusitados. Más tarde, y en una dirección en muchos aspectos complementaria, otros autores como P. Coulmin (1986) van a reflejar la densificación desde la perspectiva sociológica y territorial de la mirada particular de

la geografía humana, mientras que Pecqueur (2000) y su grupo de Grenoble, por su parte, van a hacer efectiva una contextualización teórica y socioeconómica más ambiciosa de la idea de desarrollo local dotándola de un mayor grado de elaboración. Para ello, y frente al fordismo que había estado llamado a promover la normalización y la uniformización de las trayectorias de desarrollo, el *desarrollo local* va a valorizar la riqueza de la diversidad como factor de desarrollo, lo que provoca una multiplicación de las vías y de las estrategias de acción económica. El agente económico deviene actor, es decir, éste no reduce su ámbito de acción al exclusivo intercambio mercantil, sino que va a procurar su inserción en redes complejas que le permitan mantener y reproducir sus modos de relación social y económica.

Entre nosotros, y sobre todo en el entorno de la perspectiva sociológica, se ha venido produciendo una cierta convergencia terminológica en torno al concepto de *desarrollo local*. Hoy en día se le asigna esa denominación a actividades y dinámicas tradicionalmente ubicadas en el entorno de los movimientos sociales urbanos y, si acaso en líneas de acción incluíbles en la rúbrica del desarrollo comunitario (Rodríguez Villasante, 1998), en el ámbito tradicional de los estudios campesinos (Newby y Sevilla Guzmán, 1983) o en el del desarrollo rural (Etxezarreta, 1988; González, 2001), tanto como en la reciente tradición del desarrollo local de dominante económica (Vázquez Barquero, 1988) o aún en las nuevas articulaciones que han sido propuestas desde el campo de la intervención cultural para el desarrollo local (Bassand, 1992; Bianchini y Parkinson, 1993).

Durante los últimos años y entre nosotros hemos visto una cierta eflorescencia de líneas de investigación y de perspectivas metodológicas diversas sobre el desarrollo local que, según sus campos y ámbitos respectivos, han anclado en líneas y orientaciones diversas. La tesis doctoral de Mar Giménez, promovida desde el IESA de Córdoba, abordó el desarrollo local desde la perspectiva de la teoría clásica de las redes sociales. La asunción de la teoría del capital social para el análisis de los procesos de desarrollo local ha sido elaborada teóricamente por Eduardo Moyano (2001) y a nivel empírico por A. Morales Gutiérrez (2001) de la Universidad de Córdoba. La perspectiva constructivista y la crítica posmoderna son perceptibles en la obra de M. González (2001) sobre la construcción del desarrollo rural en el valle de Liébana. Javier Esparcia, Almudena Baciaga y Joan Nogueira (2002) han abordado las dinámicas de desarrollo rural local como procesos determinados por las dinámicas de innovación, así como por el hecho procesual y estructural de la *gobernabilidad*.

De todos modos, deberíamos recordar aquí que lo que se ha publicado en España durante los últimos años bajo el término de *desarrollo local* han sido, de manera muy mayoritaria, monografías elaboradas para dar cuenta de estudios aplicados al desarrollo local de comarcas o ciudades (Carrero, 1998; Gómez, 1999; Barroso, 2000; Sánchez, 2001; Molina, 2002) o bien obras de recopilación de experiencias derivadas frecuentemente de congresos y jornadas (Rodríguez, 2001; VVAA, 2002), así como manuales generalmente enfocados desde una

perspectiva de dominante socioeconómica (Pérez y Carrillo, 2000; Becattini, 2002).

En cualquier caso, y desde luego en términos cuantitativos, al acercarnos a la producción teórica elaborada sobre esta temática resulta constatable la prevalencia de análisis y diagnósticos de carácter descriptivo, ya sean de dominante económica o incluso de carácter sociológico. Desde una perspectiva sociológica, los estudios realizados desde la óptica del desarrollo local han consistido también tradicionalmente en la elaboración de monografías, en las cuales, y a la manera clásica como actuó la sociología de la comunidad, se daba cuenta en ese ámbito local acotado de la situación sumaria a nivel social, cultural, demográfico y socioeconómico en la que se hallaba esa comunidad concreta analizada.

Últimamente hemos visto como han ido tomando forma una serie de aproximaciones más recientes de vocación sociológica, en las cuales se daba paso ya a un intento por abrirse a propuestas metodológicas más sensibles hacia el análisis de las características y modos de acción de los actores en juego, así como también respecto de algunas de las problemáticas más ostensibles derivadas de las relaciones sociopolíticas existentes³.

En todo caso, y desde la sociología de vocación aplicada, se mantuvo un interés estable, evidenciado ya en la tradición del desarrollo comunitario, por concretar los momentos susceptibles de definir el proceso de implementación de un proyecto local de desarrollo. Tal y como afirmaban Brunet y Chassagne (1992), la preocupación central sobre la que giraban las propuestas metodológicas inspiradoras del desarrollo local era simple: se trataba básicamente de identificar los proyectos, estudiar su viabilidad técnico-económica, hacer factible su financiación y acompañar su despegue. La complejidad de las interacciones de lo económico con lo social, el papel jugado por el tiempo y la evolución general de la sociedad no resultaron legibles sino posteriormente, a medida que se fueron evidenciando las limitaciones de las perspectivas de dominante técnica y económica. Estos fracasos, tal y como apuntan los citados autores, son los que han permitido ir elaborando una serie de ideas fuerza capaces de ayudarnos a entender algunas de las principales encrucijadas teóricas y prácticas a las que hoy se enfrentan las investigaciones acerca del desarrollo local. A entender mejor este nuevo tipo de inflexiones han colaborado ideas, que se han ido extendiendo entre técnicos e investigadores, tales como la de que un proyecto de desarrollo local debe tener raíces en el territorio y promover solidaridades fuertes entre sus componentes económicos, sociales y culturales; o el hecho de que un proyecto local de desarrollo está forzado a realzar la importancia de todas las redes y soportes locales para poder facilitar el aprovechamiento de sus potencialidades. Asimismo, ha resultado consta-

3. En este sentido, resultan reseñables obras tales como TEISSERENC, P. (1994), *Les politiques de développement local*, París: Económica; BACHELARD, P. (dir.) (1993), *Les acteurs du développement local*, París: L'Harmattan. Así como el número 136 de la revista francesa *Pour*, publicado en 1992.

table el hecho de que entre las funciones propias de los agentes de desarrollo, las de acogida y apoyo técnico han ocupado a menudo casi todo su esfuerzo, relegando de manera determinante a un segundo plano la función de coordinación de los actores sociales, así como la animación de terreno o la promoción de proyectos. Por todo ello se ha evidenciado como conveniente la emergencia de nuevos itinerarios de desarrollo precisos para movilizar a los diferentes actores. El desarrollo concertado surge así como un conjunto de proyectos individuales o colectivos, sociales, económicos o culturales, vinculados todos a una finalidad común de desarrollo.

Nosotros, por nuestra parte y en trabajos anteriores, habíamos ido dando forma a algunas preocupaciones teóricas surgidas al amparo del análisis de diferentes experiencias gallegas de desarrollo social local⁴, en los cuales, y a través de problemáticas tales como la de las tipologías comunitarias o la de la diferenciación entre los conceptos de «comunidad implícita» y «comunidad explícita», se nos fue haciendo evidente la trascendental importancia que, al lado de los marcos culturales contextuales de tipo tradicional o moderno, planteaba la presencia de los actores sociales y de sus peculiares modos de interacción para poder entender los niveles de incidencia y eficacia alcanzable en los procesos de desarrollo social y comunitario.

En todo caso, la importancia determinante de los juegos actoriales pasaba a asumir, a nuestro modo de ver, un protagonismo ostensible que, en perspectivas metodológicas anteriores, se había visto acaparado por el interés asignado casi exclusivamente a las características de la estructura social o a las variables socioeconómicas de la comunidad a analizar. El análisis de las lógicas que servían de soporte a las interacciones entre los diferentes actores intervinientes en este tipo de procesos se nos evidenciaba, por lo tanto, como un nuevo eje sobre el cual hacer girar un análisis específicamente sociológico que no hiciese tampoco abstracción del modo de inserción contextual en la cultura concreta en la cual este proceso acontecía.

Acerca de los planteamientos metodológicos

En este empeño nos íbamos a encontrar con autores que, desde enfoques próximos, habían optado por itinerarios semejantes⁵. El reto siguiente era el de establecer un marco de interpretación que nos ayudase a entender el modo de articulación del sistema local originado en ese peculiar juego actorial constituido por los procesos organizados de desarrollo local. Con base a este tipo de presupuesto, acudimos a algunos autores⁶ en los que identificamos aportacio-

4. BOUZADA, X. (1995). «Elementos teóricos relativos al desarrollo comunitario local y a su práctica en la Comunidad Autónoma de Galicia». *Papers de Sociologia*, n.º 45, Barcelona.
5. FILATRE, D. (1992). *Autonomie locale et décentralisation*. Tesis para el doctorado en Sociología. Universidad de Toulouse Le Mirail.
6. REYNAUD, J.D. (1993). *Les règles du jeu. L'action collective et la régulation sociale*. París: Armand Colin. CROZIER, M.; FRIEDBERG, E. (1977). *L'acteur et le système*. París: Seuil.

nes que nos permitieron avanzar hacia una perspectiva metodológica que tuviese la doble condición de resultar pertinente y aplicable a este ámbito. Llegados a este punto, hemos de decir que la propuesta metodológica que consideramos aportaba una mejor respuesta a ese tipo de preocupaciones era aquella que Erhard Friedberg recogía y desarrollaba en su obra sobre *El poder y la regla*. Esta propuesta, que avanzaba sobre un trabajo previo realizado por Friedberg y Crozier en su obra *El actor y el sistema* (1977), se presentaba como una sugerencia metodológica abierta al análisis no sólo de estructuras organizacionales estables tales como empresas u organizaciones, sino también como un método útil para un abordaje interpretativo de otros tipos de *sistemas de acción concretos* de carácter local, tales como los configurados por aquellas comunidades en las cuales se ponía en marcha un proyecto o programa de desarrollo local.

La perspectiva de este autor parte del establecimiento de una vinculación estratégica entre actor y sistema. Considera Friedberg que, en tanto que actores que forman parte del sistema, éstos intervienen en su regulación, identificándose con ella y a través de ella. Al mismo tiempo, estos actores disponen de un mínimo de autonomía, es decir, de distancia y de posibilidad de retraimiento respecto de esta regulación, así como respecto del conjunto de actores que aparecen vinculados a través de esa estructuración específica de relaciones que forma el sistema (Friedberg, 1993: 223). Hay también que dejar dicho aquí que, para este autor, el concepto de *sistema* se halla muy lejos de todo determinismo funcional y que en realidad no viene a ser sino una convención para auxiliar el proceso de investigación. Esta propuesta metodológica resulta tan realista en su esfuerzo por acotar un ámbito de investigación abordable como modesta en sus planteamientos epistemológicos. Ésta se constituye como una ciencia de lo específico y de la regulación local, una ciencia de las mediaciones específicas que imponen, a los grandes y menos grandes determinantes del conjunto social, los constructos políticos a través de los cuales los actores regulan localmente su necesaria cooperación.

Una propuesta, en fin, antitecnocrática que, carente de la obsesión por demostrar nada y actuando en base a «conjeturas», ejerce como una ciencia procedural con el objetivo de contribuir a mejorar el conocimiento que los hombres tienen de ellos mismos y sus formas de acción en unos contextos de acción limitados (p. 309-313). La reflexión acerca de los modos de cooperación, de las dinámicas específicas de acción o sobre los tipos de apuestas estratégicas de los diferentes actores constituirían algunos de los ejes de análisis susceptibles de ser elucidados por medio de esta perspectiva. Esta metodología remite a un análisis político de la dinámica endógena de los procesos de interacción entendiéndolos como procesos de relación, negociación y de poder,

FRIEDBERG, E. (1993). *Le pouvoir et la règle*. París: Seuil. Asimismo, deseamos dejar citadas aquí las obras también relevantes al efecto. FRIEDBERG, E.; MUSSELIN, C. (1989). *En quête d'universités*. París: L'Harmattan. GIRAUD, C. (1993). *L'action commune. Essai sur les dynamiques organisationnelles*. París: L'Harmattan. CHAZEL, F. (1993). *Action collective et mouvements sociaux*. París: PUF.

susceptibles de vincular a una serie de actores interdependientes dentro de un espacio de acción determinado. Esta perspectiva se plantea también el objetivo de desvelar la naturaleza de esta estructuración, así como la de los mecanismos de regulación y de estabilización de los procesos de negociación y de poder existentes entre los actores concernidos.

En su opinión (Friedberg, 1993: 161), los *sistemas de acción concretos* se van configurando a través de una secuencia genética en tres etapas. En la *primera* fase se sustituye la ausencia de cooperación y el conflicto entre los actores por un compromiso de acuerdo tácito establecible al menos entre los dirigentes. En la *segunda* fase se produciría la introducción y la aceptación de los resultados favorables de la cooperación, así como su conversión en fines aceptados e interiorizados por todos los participantes. El *tercer* momento se produciría cuando las partes implicadas aceptasen delegar explícitamente un cierto grado de responsabilidad en la regulación y el control del sistema.

En virtud de ello, la perspectiva organizacional (1993: 177) y la noción de sistema de acción concreto tienen el interés central de aportar un marco para el análisis y la comprensión de la acción entendida como estructuración social de campos de acción. En vez de separar artificialmente mercado de trabajo, sistemas profesionales, mercado económico y organización (dice Friedberg, pensando básicamente en la organización-empresa), esta noción parte de la existencia de un *continuum* de sistemas de actores interdependientes y en competencia en torno a la definición y resolución de problemas. La noción central de este *continuum* es la *regla* o, si se prefiere, el modo de regulación subyacente. Esta regulación implica la existencia de reglas de juego tanto como de juegos de actores capaces de definir y/o modificar estas mismas reglas, dado que el comportamiento de los actores no puede jamás ser comprendido solamente en referencia a aquellas reglas existentes. Éste ha de ser entendido también en relación con sus intentos por modificar, cambiar y transformar estas reglas del juego en su propio favor.

El estudio de los *sistemas de acción concretos* (Friedberg, 1993: 178) y de las características de los órdenes locales que los constituyen aporta una contribución ciertamente limitada, aunque esencial para el estudio de aquellas regulaciones que prevalecen en el conjunto social que configura una sociedad. Éste permite comprender cómo y dentro de qué límites estas regulaciones se acaban imponiendo a la acción y en qué medida también su impacto puede ser filtrado, derivado o anulado por las regulaciones locales producidas por el constructo político que mediatiza y hace posible la cooperación concreta de los actores en torno a un problema igualmente concreto.

Debe indicarse, asimismo, que la trascendencia sociológica del peso de las *situaciones* se ve, en opinión de Friedberg, agrandada por el hecho de que actualmente y de un modo cada vez más transparente (1993: 102) los individuos, más que portadores de sentidos, suelen ejercer como tributarios de sus contextos conquistando nuevos horizontes y oportunidades a través de las situaciones concretas en las que éstos se hallan insertos. Unos individuos que aparecerían desarmados de preferencias claras tanto como de criterios de acción muy pre-

determinados. En su opinión, la «era del vacío» en la que vivimos fomentaría el gusto por el juego, por el experimentar «para ver».

En todo caso, las preocupaciones de este enfoque metodológico, dirigido a evidenciar la existencia de «sistemas de acción concretos», debería contribuir, de acuerdo con su argumentación, de manera limitada aunque esencial, al mejor conocimiento de la sociedad global aún situándose resueltamente sobre el plano local, es decir, sobre el terreno en el cual se desarrolla la acción.

Desde esta perspectiva de análisis, y a nivel metodológico, se apuesta por la realización de una confrontación continua con los datos obtenidos por el estudio sobre el terreno desde unos presupuestos teóricos que optan tanto por renunciar a axiomáticas previas como por asumir la contingencia de lo cultural, dado que en los espacios de acción no son sino actores humanos, empíricos y calculadores los que interactúan y ejercen como tales (1993: 197).

En este aspecto, un rasgo que ha de ser subrayado en esta propuesta es la de su renuencia a estimar las dimensiones culturales como herramientas contextuales o hermenéuticas de análisis e interpretación. En el momento en el que Friedberg le preste mayor atención crítica a la posible capacidad interpretativa de la dimensión cultural (1993: 285), va a rechazarla al considerar que su utilidad explicativa *ex ante* está limitada, dado que de aceptarla caeríamos, en su opinión, en un riesgo claro de determinismo culturalista, en virtud de ello va a considerar que su utilidad queda limitada exclusivamente a la condición de herramienta complementaria de análisis e interpretación a la que recurrir *ex post*. La argumentación tan contundente que le sirve de amparo aquí parece chocar con la lógica más indulgente de carácter epistemológico a la que había recurrido en el momento de validar la utilidad de su enfoque de análisis de los *sistemas de acción concretos locales*. Digamos también aquí que la posición de Friedberg sobre este asunto evidencia un cierto cambio respecto de la defendida unos años antes (Crozier y Friedberg, 1977: 189-191), momento en el que compartía con Crozier la idea de que el análisis cultural podía ser considerado como la otra cara del análisis estratégico, al permitir éste comprender la utilización efectiva por parte de los actores de las potencialidades y oportunidades de una *situación*, así como la diferente estructuración de problemas semejantes que de ahí se deriva. Este nivel de análisis nos propone un campo de investigación respecto del cual la exploración resulta indispensable de cara a apreciar las posibilidades de cambio organizacional, así como para poder acceder ulteriormente a la comprensión de los preceptos normativos. Es decir, se reconocía en ese momento la relevancia interpretativa, también *ex ante*, de la dimensión cultural.

En todo caso y en su opinión, el analista ha de evitar la actitud inquisitorial aproximándose lo máximo posible a la «subjetividad» de sus entrevistados, es decir, a sus argumentaciones, justificaciones y descripciones sin contradecirlas, reducirlas o descualificarlas. Tal y como se concretaba en la primera obra ya citada de Crozier y Friedberg (1977: 412), el método de análisis estratégico evidencia una clara preferencia por las fuentes cualitativas sin renunciar por ello a la utilización de estadísticas y otras fuentes. Su modo de actuar en la ela-

boración del análisis consistirá en servirse de los datos recogidos a través de las entrevistas para definir las estrategias que los actores persiguen los unos respecto de los otros y para acceder, a partir de ahí, a los juegos a los que éstos corresponden y en los cuales estas mismas estrategias se insertan.

A lo largo de la recogida de datos, resulta relevante la atención a temas tales como (1977: 409):

- Las posibilidades de acción personal.
- Los tipos de relaciones existentes.
- La autoevaluación de sus acciones.
- Las posibilidades de acción contempladas.

En su propuesta metodológica, el recurso al *feedback* está siempre abierto y es siempre una prueba posible a la cual someter sucesivamente nuestras hipótesis. Los propios actores implicados pueden ser interrogados de modo sistemático y ordenado acerca del alcance de las opiniones que vayamos elaborando.

Respecto de las potencialidades analíticas inherentes a esta perspectiva, podemos decir que, aunque el método propuesto por Friedberg busca más entender las situaciones que resolverlas, de su aplicación práctica se pueden derivar algunas de sus virtualidades. Dado el hecho de que la recogida de información se establece en torno a un colectivo vinculado a través de un proceso de acción, el cual con frecuencia se configura en la forma de un *grupo proyecto*, podríamos afirmar que este método tiene capacidad para favorecer cambios de conducta en los actores al poder modificar sus modos de razonamiento frente a los problemas organizacionales. Algo que resulta verosímil por el hecho de que esta perspectiva metodológica se halla interesada en desvelar las claves que facilitan o impiden un proceso de acción grupal analizando el modo de conducta de unos actores a los cuales se les supone dotados de la capacidad de comportarse en base a criterios de racionalidad. De esta potencial aplicación se van a derivar dos hechos principales: en primer lugar, el método aspira a producir un conocimiento simultáneamente concreto y global acerca del modo de estructuración del sistema que se intenta transformar, al tiempo que, y en segundo lugar, este conocimiento, así como el modo de razonamiento que le es consustancial, pueden ser utilizados para promover y pilotar un proceso colectivo y participativo de autodiagnóstico y de autocorrección.

En virtud de esta perspectiva metodológica, resulta factible constituir un núcleo de actores capaces de canalizar y traducir en hechos aquellos cambios que ellos mismos habían concebido y preconizado conjuntamente. Es por ello que, en este tipo de dinámicas, la contribución del sociólogo se sitúa en un doble plano a nivel cognitivo: el de aportar unos «hechos» así como el de ayudar a razonar con esos «hechos».

En todo caso y como corolario de esta exposición, habrá que aclarar que el manejo de este enfoque metodológico, surgido inicialmente para el análisis de estructuras organizacionales dotadas de un mayor nivel de definición que las

que nos ocupan, requiere de un uso particularmente dúctil y aún imaginativo cuando se trata de aplicarlo a estructuras tales como las que caracterizan a los procesos y proyectos de desarrollo local. No obstante, y en nuestro caso, esta aplicabilidad se ha visto favorecida en la medida en que el análisis de experiencias en las que nos hemos ocupado estaban encuadradas dentro de un marco tan definido y concreto como el de los programas Leader, lo cual ha facilitado la delimitación del contexto, incluso en clave organizacional, en el cual acontecía la experiencia a investigar. La exigencia de concretar un modelo que se distanciase tanto de la laboriosa subjetividad de las perspectivas de corte interaccionista como de los enfoques rígidamente sistémicos nos sirvió de guía en la precisa selección de enfoques a establecer.

En una dirección, a nuestro modo de ver, metodológicamente complementaria de la que acabamos de reseñar, hemos recuperado también orientaciones procedentes de la obra de autores como M. Callon y B. Latour, teóricos relevantes en sociología de la ciencia con su propuesta del Actor-Red, además de expertos en sociología de la innovación. En particular, nos resultó sugerente e inspirador el trabajo del primero de ellos sobre la implantación de la cría de vieiras en la bahía bretona de St. Briec publicado ya en 1986⁷. Su propuesta, que gira sobre el concepto de «traducción», a pesar de presentarse con un alcance acotado al análisis de las dinámicas de innovación técnico-científica, parecía evocar algunos de los procesos de tránsito sociocultural al cual se veían sometidas aquellas comunidades que, como las nuestras, acometían un proceso de cambio organizacional de carácter modernizador. En gran medida, los procesos de desarrollo local en Galicia están acompañando la transformación de un país poblado de comunidades tradicionales hacia otro configurado por comunidades vertebradas en torno a nuevos actores, dotadas de una capacidad de autonomía y una capacidad de acción cada vez más moderna y estratégica.

Su concepto de *traducción* posee una doble acepción de cambio o adaptación de significados y de cambio de situación o lugar. En su opinión, aprehender este concepto resulta clave, dado el hecho de que los actores traducen constantemente sus lenguajes, sus problemas, sus identidades o sus intereses en los de otro. En virtud de ello, en todo proceso de *interesamiento* se produce una doble traducción. Por un lado, la procura de aliados que se impliquen en el proyecto exige hacerlo comprensible por medio de una traducción de éste que logre atraer a los potenciales interesados, mientras que, por otro, el cambio que provoca da lugar a un proceso global de traducción (en el sentido de cambio y traslación) respecto de la anterior situación.

Para estos autores las *cadena de traducción* van siendo modificadas por distintas actividades tales como las *estrategias rivales*, las confrontaciones para *probar fuerzas*, las actividades de *movilización y enrolamiento*, la elaboración de dispositivos de *interesamiento* de otros, la constitución de *puntos de paso obli-*

7. «Éléments pour une sociologie de la traduction». *L'Année Sociologique*, 36, p. 169-208, París.

gados susceptibles de promover *alianzas y asociaciones* entre actores, así como la aparición de *portavoces* de estas asociaciones.

Michel Callon evidencia, en su propuesta metodológica, una clara voluntad de esquematizar y pautar el proceso organizacional de *traducción*, estableciendo para ello cuatro etapas:

1. La problematización (esta etapa incluiría tanto la definición de los actores como la concreción de los puntos de paso obligados).
2. Los dispositivos de «interesamiento» o como se produce el despliegue de las alianzas.
3. El *en-rolamiento*. O como definir y coordinar los roles.
4. La movilización de los aliados (en esta etapa importa de manera particular el grado de representatividad alcanzado por los portavoces como protagonistas delegados).

Un rasgo bastante novedoso de su propuesta que nos evoca al Edgar Morin del método y que nos trae los ecos del debate acerca del empuje de lo post-humano dentro de las nuevas dinámicas sociales (Serres, 1987; Dyens, 2001), es su afirmación de que no deben ser, en un sesgo de carácter antropocéntrico, escindidos los actores humanos o sociales de los naturales de condición material. No considera aceptable un cambio de registro cuando se pasa de trabajar los aspectos técnicos a ocuparse de los sociales (1986: 173). De lo que se trataría sería de prestar atención al hecho de que lo que se produce es ya una sacionaturaleza que al vincular a humanos y no humanos fabrica nuevas redes de asociaciones. De este modo, la dinámica de la sacionaturaleza y de sus redes y transformaciones se convierte, para Callon y Latour (1991: 35), en el nuevo objeto de estudio. La asunción de este enfoque metodológico representa todo un desafío para las rutinas de análisis establecidas. La propuesta implica manejar unos objetos inmersos en dinámicas lábiles e imprecisas. La «misma» entidad puede encontrarse en muchos estados, ser impuramente social, luego puramente social, luego puramente natural y luego impuramente natural. Un «mismo» *actuante* será inmanente y luego trascendente, fabricado y no fabricado, fabricado por el hombre o descubierta, elegido libremente o impuesto sobre nosotros como un fato. Las esencias devienen existencias y luego esencias de nuevo. Los *cuasiobjetos* pueden alternar su estado y convertirse en objetos, sujetos, cuasiobjetos de nuevo o desaparecer por completo. En opinión de Latour (1992: 256), el interés filosófico más importante de estos estudios consistiría en considerar estas ontologías variables. A partir de estos presupuestos, el modelo de *traducción*, tras prescindir de una distinción rígida entre naturaleza y sociedad, propone estimar únicamente la virtualidad de asociaciones capaces de crear *puntos de paso obligados*.

Asimismo, resulta una apuesta clara de este trabajo teórico su distanciamiento de todo sesgo de carácter esencialista. El *ethos* de los actores sobre el que gira en gran medida el peso del proceso es algo que no está dado por sí mismo, se va negociando, reelaborando, educando, redefiniéndose a lo largo de

los procesos de «interesamiento». El actor lo es no por ninguna condición de carácter esencial, sino simplemente por el lugar que éste ocupa en la situación analizada. Se puede resumir, parafraseando a Callon (1986: 189), que «el dispositivo de *interesamiento* determina las entidades a *enrolar* [...] construyendo un *sistema de alianzas*». Al hilo de las múltiples tensiones relacionales y controversias, los actores van a irse inter-definiendo, por lo cual sus identidades no serán dadas de una vez por todas al estar sometidas a cambios y desplazamientos permanentes. En este sentido, podemos afirmar que, frente a la potencial rigidez de nociones como las de sistema o función, Callon y Latour nos van a invitar a seguir a los actores en sus múltiples actividades de *inter-traducción*, sobrepasando y redefiniendo las fronteras preestablecidas de los sistemas y funciones. De acuerdo con su planteamiento, las estructuras sociales van a ir tomando forma, componiéndose simultáneamente de entidades naturales y humanas.

Por otro lado, puede afirmarse que, en una estimable medida, la terminología de Callon que aparece dotada de esa particular virtud que es la de pautar definiendo de manera precisa las interrelaciones que acontecen en los distintos momentos, no puede considerarse del todo libre, y al menos al nivel que aquí nos importa, que no es otro que el de la aplicabilidad de sus orientaciones al análisis de los procesos de desarrollo local, del hecho de que sus definiciones conceptuales con frecuencia, más que alumbrar enfoques originales, se limiten a evocar, nombrándolos de manera distinta, eventos ya desvelados y conocidos. Conceptos tales como *problematización*, *puntos de paso obligado*, *portavoces*, *disidencia* y otros resultan próximos a conceptos conocidos como los de *análisis de la situación* o *diagnóstico social*, *regulamientos*, *liderazgo* o *conflicto*. De todas maneras, y si bien su modo de pautar el proceso resulta esquemático, no cabe duda que fundamenta una perspectiva metodológica no intrusiva y dotada de un estimable realismo que evoca algunos de los trazos definidores de la propuesta de E. Friedberg anteriormente comentada. Además de ello, su propuesta llama la atención sobre dimensiones y aspectos que, si bien no siempre resultan totalmente novedosos, sí se hallaban con frecuencia afectados de una relativa opacidad o relegamiento. Unos objetos dotados de una importancia indudable, los cuales, como mínimo, han de ser percibidos a la manera de elementos claros de oportunidad y de amenaza, o si se prefiere al modo de referentes coadyuvantes al regulamiento del proceso, los cuales resultan vislumbrables por parte de los actores cuando ejercen como tales. Son esos elementos que en ocasiones aparecen definidos en la obra de Latour y Callon como *inscripciones* (Latour, 1988). Para él (Latour, 1992: 67), los *instrumentos* o *mecanismos de inscripción* no son otra cosa que «cualquier estructura, sea cual sea su tamaño, naturaleza o coste, que proporcione una exposición visual de cualquier tipo en un texto científico». En este sentido, las *inscripciones* en los textos y programas de desarrollo se podrían concretar en la plasmación de algunos *puntos de paso obligados*, llamados a formar parte, por ejemplo, de los procesos locales de desarrollo. En este aspecto, la inclusión de un texto con un discurso de legitimación de una actividad productiva de tipo tradicional de la que

se propone su recuperación o la sugerencia de promover una actividad de ocio como la caza, por ejemplo, podrían actuar como *inscripciones* con capacidad de incidir en este tipo de procesos, suplantando o complementando a otras previas tales como la *inscripción* prevalente de los programas europeos Leader relativa a la rehabilitación de viviendas de acogida orientadas hacia el turismo rural.

Otra de las ideas centrales postuladas por el modelo de Callon-Latour es la idea de la red. La asunción de la idea de red no solamente tiene consecuencias internas, sino en gran medida, y según lo que se investigue, también externas. Por otro lado, considera también que la tendencia del proceso es la de la constitución de un auténtico actor-red con capacidad para catalizar todo el proceso, erigiéndose, al cabo, en su auténtico protagonista. En todo caso, en su opinión, el corolario de las cuatro fases del proceso de *traducción* lo constituye el hecho de que al final unos cuantos investigadores pueden discutir un problema mediante la ayuda de diagramas, tablas y textos en una sala aislada, aunque sus conclusiones comprometan a una numerosa población de actores silenciosos. La capacidad de poder de esta red así constituida se caracterizaría también por el hecho de que si entre ellos apareciese algún disidente, éste sería siempre conducido al arbitraje de los *puntos de paso obligados*.

En virtud de ello, la teoría del actor-red y el trabajo empírico que ésta ha desarrollado resultan de particular relevancia para el estudio del poder, puesto que atienden principalmente a las estrategias de los distintos actores que luchan por imponer su versión específica de la realidad sobre la de sus competidores. Por este motivo, las explicaciones manejadas por esta línea de investigación establecen una analogía entre el mundo científico y el político que no está exenta de derivaciones metodológicas a nivel del análisis de otro tipo de procesos sociopolíticos tales como aquéllos que enmarcan las dinámicas de desarrollo local.

En congruencia con esta perspectiva, podemos subrayar el hecho de que (Lamo de Espinosa, González y Torres, 1995: 566) nunca nos enfrentamos de manera aislada a la ciencia, la tecnología o la sociedad, sino a una gama de asociaciones más o menos sólidas, en base a las cuales comprender que la posibilidad de llegar a entender qué son los hechos y las máquinas es lo mismo que comprender quiénes son las personas. Por ello, solamente después de haber analizado las redes se podrá empezar a hablar de factores cognitivos. Constatación ésta acorde con la afirmación de Latour de que la historia de la tecnociencia es también, en gran medida, la historia de los recursos dispersos por las redes capaces de acelerar la movilidad, la fiabilidad, la combinación y la cohesión de los indicios que hacen posible la acción a distancia.

Por otro lado, la prudencia axiológica de su propuesta implica una neutralidad que evita la introducción en el análisis de aquellos actores externos sin protagonismo directo, al mismo tiempo que renuncia a toda predeterminación ideológica que introduzca sesgos desorientadores en el proceso de análisis, así como a la reducción de las posiciones de los actores al marco reducido de una interpretación sociológica excluyente (1986: 201). En su propuesta,

Callon sugiere la conveniencia de que el sociólogo escoja de entre los puntos de vista presentes aquél que él considera el mejor adaptado a sus propósitos, al tiempo que le recomienda ejercer en la labor de convencer a sus colegas de la pertinencia de su elección.

Concluyendo, podemos afirmar que las orientaciones de Callon evidencian la virtud de un esquematismo teóricamente pulcro aunque en ocasiones un poco críptico, que realza dimensiones como la de la sacionaturaleza que hasta ahora habían permanecido, en una estimable medida, opacas a la mirada sociológica. Por otro lado, su enfoque va a poner el acento en la existencia de una deriva institucionalista-organizacional tendente a la consolidación de formas de poder a distancia encarnadas en el actor-red. Por todo ello, la propuesta de Callon y Latour al relegar aspectos tales como la contextualización cultural puede resultar en muchos casos empobrecedora, ya que un «sistema de acción concreto» configurado como actor-red difícilmente podría sustraerse al condicionamiento de tradiciones y rasgos socioculturales contextuales y esto tanto desde el punto de vista sociológico y político como respecto de los valores o modas teóricas impregnadoras características de cada momento histórico puntual.

Por su parte, Gerard Vautrin (1992: 261), y desde una posición que en gran medida dialoga y avanza sobre las dos anteriores, nos hace la propuesta de que la particularidad del desarrollo local es la de presentar una amplia diversidad de configuraciones que una teoría de la *transacción* podría ayudar a interpretar de un modo más claro. De hecho, se trataría de explicar cómo un número de actores suficiente consigue transformar una situación preliminar en una nueva situación en su opinión más pertinente, y en qué medida el resultado de los diferentes tipos de *interacciones transaccionales* acontecidas entre ellos puede provocar cambios en la estructuración de las relaciones entre los implicados en el desarrollo. Una teoría de la transacción social implicaría, por lo tanto, en opinión de Vautrin, la teorización de una dinámica social que pudiese analizar los efectos múltiples de las prácticas implementadas en el territorio y comprobar cómo los actores acaban transigiendo a fin de alcanzar, por medio de la búsqueda de una solución negociada y calculada, un sistema de relación diferente que resulte duradero.

Un aspecto relevante de los planteamientos de Vautrin es la importancia que éste otorga al potencial sinérgico incrementador de los efectos del proceso de desarrollo. Este autor considera que el diseño coherente de éstos los hace operativos y que los efectos de la acción pueden frecuentemente superar las esperanzas puestas en ellos por sus líderes y promotores (1992: 266). Para Vautrin, el proceso de desarrollo local sería un sistema de juegos a suma no nula ya que, en virtud de éste y de los retos que el mismo provoca, se desplegaría toda una dinámica de nuevos desafíos que daría lugar a que incluso los actores más renuentes y refractarios al proceso acabasen de un modo u otro aproximándose e interviniendo en él. Por esta vía acaba Vautrin proponiendo la idea de que la aparición de un nuevo *actor colectivo* se consuma a medida que el proyecto cobra forma, avanza y se consolida. Y eso acontece en paralelo con

una transformación que reconvierte al grupo inicial de «concertación» en un nuevo grupo de «pilotaje» que controlará el proceso.

En aras de consumir ese tipo de dinámica, nuestro autor propone la elucidación de tres momentos clave para el análisis:

1. Análisis de liderazgo y redes.
2. Análisis de los desafíos y las lógicas transformadoras de la situación local.
3. Captación de la dimensión cultural del proyecto de desarrollo local.

En opinión de Vautrin, y en sintonía aquí con la mayoría de los técnicos que trabajan en este ámbito, la cultura y la identidad constituyen un referente y un marco relevante para la comprensión y la potenciación de este tipo de procesos. Quizás por ello, en algún momento (1986: 267) se refiere al hecho de que la «recomposición del medio social acontece a través de una especie de mestizaje social enriquecedor entre viejos y nuevos actores sociales». En esta misma dirección y compartiendo el mismo marco de reflexión del desarrollo local, el profesor Teisserenc (1994: 122) nos recuerda que en estos procesos la renovación del sistema social se opera al precio de una modificación de las relaciones de poder, así como en virtud también de una *adaptación de las mentalidades colectivas*, otorgando al aprendizaje colectivo, en tanto que medio de interpelación de los valores antiguos y de producción de nuevos valores capaces de transformar las *identidades colectivas*, un lugar central, al tiempo que sitúa en la creación institucional y en la emergencia de nuevos actores su consumación y sus logros.

Otra de las perspectivas teóricas actuales que hace hincapié en la capacidad de las dimensiones socioculturales y relacionales de las comunidades para actuar como marcos de referencia susceptibles de ayudarnos a comprender los procesos de desarrollo local (Moyano, 2001), es la corriente del *capital social*. En esta corriente inspirada en la idea inicial de corte institucionalista de Karl Polanyi (1989) defendida en su obra sobre la gran transformación, que más tarde sería difundida por Mark Granovetter (1985), se postulaba, frente a lo mantenido por el modelo dominante dentro de la economía clásica, la afirmación de que la economía no era otra cosa que una institución insertada (*embedded*) en un lecho de relaciones sociales. En sintonía con ella, y tras los trabajos iniciales de Robert Putnam (1993, 2002) o James Coleman (1988), entre otros, el marco conceptual elaborado por Woolcock (1998) nos va a permitir definir cuatro de los factores típico-ideales caracterizadores de la vertebración comunitario-local.

De acuerdo con sus planteamientos, los cuatro ejes que sería preciso complementar para el logro de un modelo eficiente de capital social serían: a nivel micro, los rasgos de inserción e integración (*embeddedness, integration*), además de los autonomía y vinculación extracomunitaria (*autonomy, linkage*); a nivel macro, serían los de inserción y sinergia cooperativa interinstitucional (*embeddedness, synergy*), además de autonomía e integridad fundamentadoras de la legitimidad y eficiencia organizacional (*autonomy, integrity*). El modelo elaborado por Woolcock resulta, en nuestra opinión, de una gran utilidad como

herramienta para interpretar el tipo de procesos que nos ocupan, aunque tiende a relegar, en virtud de su vocación estructuradora y referenciadora a nivel típico-ideal, las casuísticas de variabilidad que acontecen al nivel micro derivadas de las rupturas, heterogeneidades e innovaciones actoriales que en muchas ocasiones, como en el caso de la presencia de emigrantes retornados o de neo-locales, resultan imprescindibles para calibrar el tipo de composición actorial de una red, tanto como las oportunidades de desarrollo derivables del sistema de acción local existente.

Estos enfoques teóricos reseñados hasta aquí consideramos que pueden permitirnos avanzar en una propuesta de carácter complementario, al resultar éstos simultáneamente respetuosos con la constatación de la relevancia analítica de las estrategias actoriales, los modos de organización de las redes y los procesos, al tiempo que sensibles también a los marcos culturales y valorativos contextuales. Esta constatación nos permite volver la vista sobre nuestro ámbito concreto de análisis en la Galicia interior, en el cual se nos revela una condición culturalmente dual que exige la toma en consideración de un marco cultural complejo (en situaciones de *inserción* diferentes y con capacidades de *autonomía* variables, por ejemplo), en el cual pugnan y negocian maneras distintas de entender los actuales desafíos económicos y sociales por parte de las comunidades locales. Las diferentes maneras de entender estos retos sociales y económicos locales se funden en modos actoriales diversos y en fórmulas organizacionales heterogéneas, las cuales se hallan en condiciones de influir de un modo u otro en el alcance tanto como en el modo de producirse las dinámicas de desarrollo comunitario local.

Desde estas propuestas metodológicas, podemos recoger una triple caracterización de los individuos estrategias (Crozier-Friedberg), los grupos: sistema de acción-red (Friedberg y Callon-Latour) y los marcos culturales contextuales (Vautrin, Teisserenc, Woolcock), capaces de permitirnos abordar una lectura compleja de los procesos de desarrollo local insertados en sus marcos territoriales (cuadro 1).

Cuadro 1.

Friedberg	Callon-Latour	Vautrin-Teisserenc-Woolcock
Estrategias actoriales y sistema de acción concreto. Cooperación y conflicto.	Red: interesamiento, enrolamiento, portavocías y disidencias.	Análisis de liderazgo y redes.
Modos de <i>regulación</i> local y cambios en su forma.	Proceso de traducción y puntos de paso obligado.	Define desafíos y lógicas de transformación social.
La dimensión cultural sólo interesa <i>ex post</i> .	Se relega la dimensión cultural y se enfatiza la sacionaturalidad.	Se subraya la relevancia de la dimensión cultural en el proceso.

Elaboración propia.

En todo caso, estos *métodos*, los concebimos como guías orientativas para la comprensión de este tipo de dinámicas de acción y no al modo de rígidas camisas de fuerza llamadas a aherrojar y a oscurecer con sus terminologías un posible análisis. Más bien de lo que se trata es de utilizarlos para articular los distintos momentos sociológicos del proceso o para realzar aspectos, novedosos en algunos casos, que hasta ahora permanecían opacos o relegados en este tipo de análisis.

De lo que se tratará será de aprehender unos procesos de desarrollo fundamentados en dinámicas de cambio orientadas hacia unos principios que aspiran a la revalorización y a la diversificación de los recursos, a la movilización de los actores en torno a un proyecto, así como a la transformación de sus potencialidades en recursos. Unos procesos que estarían fundamentados, entre otros aspectos, en la capacidad de integrar contribuciones externas al territorio, así como en la aspiración de lograr una proyección globalizada en el territorio en cuanto a sus efectos y resultados.

Memoria, cultura e identidad en los procesos de desarrollo local

Sabemos que cultura e identidad evocan un marco de referencia doble conveniente a la vida en sociedad de los individuos y que, por una parte, nace naturalmente como secuela derivada de sus procesos relacionales y que, por otra, se configura como un referente simbólico que alimenta espiritualmente y da sentido a su vida y a sus acciones colectivas⁸. Además, esa exigencia parece presentar una considerable capacidad de permanencia incluso en la sociedad de los individuos, tal como han puesto en evidencia no sólo trabajos harto citados al respecto como la conocida obra de Maffesoli sobre el tiempo de las tribus, sino también tal y como defienden algunos teóricos desde otras órbitas ideológicas ajenas a su sociología de las formas; por ejemplo la escuela de Birmingham⁹ o la misma tradición teórica del desarrollo comunitario.

La vieja intuición de Halbwachs acerca de la capacidad de los lugares para erigirse en portadores del legado de la memoria nos ayuda a desvelar hoy cómo, en el ámbito local, los lugares, el tiempo, las costumbres y la memoria texto confluyen en un cobijo privilegiado en el que hallan acomodo el individuo actor, la memoria, la comunidad y la cultura. Evidentemente, en el ámbito local, y tal como resulta comprobable en muchos procesos de desarrollo local, la memoria aparece integrada en su cultura como un trazo de agravios, de viejos problemas, los cuales en ocasiones desaniman y desactivan el potencial de

8. BARTH, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE; BELLAH, R. y otros (1985). *Habits of the hearth*. University of California Press.
9. HALL, S.; DU GAY, P. (eds.) (1997). *Questions of Cultural Identity*. Londres: Sage; GILCHRIST, A. (1998). «A more excellent way: Developing coalitions and consensus Through informal networking». *Community Development Journal*, vol. 33, n.º 2. Oxford: Oxford University Press.

iniciativa de la comunidad y otras veces emergen como una fuerza estimuladora de un nuevo capital social tanto como al modo, también de una herida o estigma que obliga a, haciendo de necesidad virtud, remontar obstáculos con apariencia de insoslayables. Fracasos anteriores en iniciativas cooperativas o solidarias, estigmas derivados del ejercicio de un poder rutinizado y carente de horizontes comunes por parte de notables locales o de funcionarios delegados, pueden actuar en ese memorial de agravios y olvidos como la espoleta que alimente esa fuerza identitaria de carácter resistencial.

El juicio de vocación desmitificador que, en la tradición de la vieja polémica entre Redfield y Lewis, intentaba cuestionar las virtualidades del hecho comunitario parece ignorar que la resistencia identitaria que la alimenta con todo ese conjunto de componentes que aisladamente pueden adquirir una coloración mítica: geografía, historia, patrimonio, folklore, cultura, en fin..., no son sino la evidencia de formas de comunidad que se resisten a disolverse, de lo social que pugna por afirmarse más allá de los estrechos límites del individuo y sus intereses.

Más recientes son las polémicas que al abordar, la primera de ellas, el origen de la reivindicación cultural identitaria de las comunidades locales rurales pone su fuente originaria principal en una inflexión compensadora y dominante derivada de las carencias unidimensionales del marco de vida urbano, frente a la voluntad local de constituirse en espacio autodefinido¹⁰. Junto a ella, aquella otra que enfrenta hoy con raíces recientes en las tesis constructivistas, actoriales y aún en las teórico-críticas el sentido posible de una identidad esencia frente a la reconocible verosimilitud de la identidad proyecto como obra o constructo germinado con la intervención de actores sociales de uno u otro signo. Como afirmaba Manuel Castells en una obra¹¹ reciente, las identidades conforman un peculiar mosaico, relativamente intercambiable y amigo de mestizajes, en el cual pueden eventualmente discernirse formas tales como la identidad legitimadora, la identidad de resistencia o la identidad proyecto. Si la primera puede comportar y aún derivar de formas institucionales de dependencia y dominación, la segunda y la tercera de sus formas convergen con frecuencia fecundándose como motores en los procesos de desarrollo local. Y en esas comunidades pueden, como reconoce Castells (1998: 90), surgir nuevos agentes transformadores, con lo que resulta verosímil la construcción de nuevos sentidos de lo social en torno al hecho antiesencialista de la identidad proyecto.

En todo caso, las identidades hoy recurren, mantienen y se inspiran en el legado cultural de la memoria en un movimiento reflejo que, de manera más o menos consciente, se fundamenta más en el devenir que en el ser, y al cual interesa más no el «de donde venimos», sino más bien «qué podemos llegar a ser»,

10. SOULET, M.H. (1986): «Identité collective, résistance au changement et rapports de sociabilité dans les sociétés rurales». En TAP, P. *Identités collectives et changements sociaux*. Toulouse: Privat, p. 157-160.

11. CASTELLS, M. (1998): *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.

cómo hemos sido representados y cómo podemos representarnos a nosotros mismos¹². Sin duda, de lo que se trata aquí es de reconocer que los conceptos de cultura e identidad, con todas las legitimaciones que la crítica sociológica actual impone, constituyen conceptos de referencia, contextual y auxiliar, útiles en la comprensión y aún en la promoción de los procesos de desarrollo local¹³.

Galicia: algunos datos básicos

Galicia es una comunidad autónoma del Estado español que cuenta con una población aproximada de 2.700.000 habitantes repartidos en 315 ayuntamientos y en 32.000 entidades de población, dato éste que resalta el carácter rural, atomizado y disperso de su población, lo cual significa que, disponiendo Galicia de un siete por ciento de la población total de España, cuenta sin embargo con el 50% de sus entidades de población. Este país de antigua vocación migratoria, hoy ya desactivada, vive en la actualidad un acentuado declive demográfico, cuyo vacío tenderá en parte a ser colmado tanto por procesos emergentes de retorno migratorio e inmigración, como por la mayor vitalidad natalicia de sus vecinas, las regiones nortefías de Portugal. Asimismo, en Galicia resalta también el dato de que casi un sexto de su población activa permanece aún ocupada en el sector primario, hallándose en estas magnitudes lejos de la media del Estado español, en el cual este sector no acoge a más de un 6% del total de la población ocupada. Durante los últimos treinta años, los cambios sociales en el país han sido de una extraordinaria intensidad, lo que nos permite observar cómo se ha ido disolviendo el modelo dominante de la organización tradicional en «casas» en el que se garantizaba el acomodo a la población en una estructura económica de subsistencia a través del autoconsumo. De todos modos, en la actualidad, la mayoría de las explotaciones tienen extensiones menores de cinco hectáreas divididas en parcelas de menos de una hectárea. La mitad de las explotaciones pueden considerarse de supervivencia y un 30% trata de mantener su actividad mediante algunas inversiones en mejoras tecnológicas y complementando con trabajo en otra actividad (p. e. el trabajo de las mujeres en el textil). De entre el conjunto de las explotaciones agrarias, solamente un 2% tienen una clara vocación competitiva. En todo caso y en su conjunto, el sector agrario tiene aún hoy en

12. HALL, S. (1997). «Who needs Identity?». En HALL, S. y otros. *Questions of Cultural Identity*. Londres: Sage, p. 1-18.

13. En todo caso, este planteamiento no se contradice necesariamente ni siquiera con aquéllos que, como G. Agamben (*The Coming Community*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993), sostienen que en las comunidades actuales puede darse una pertenencia sin sentido de identidad, una forma de aceptar al «otro» sin «identificarse» con él. Esta línea de reflexión puede ser entendida como el corolario de un modo estratégico de entender la acción común por parte de los actores y, en congruencia con ello, como el modo de producirse hoy un nuevo tipo de actores en una comunidad sin duda diferente a la antigua y uniforme comunidad tradicional.

la economía gallega una presencia sobredimensionada, lo cual da lugar sin duda al hecho de que el éxodo rural siga teniendo una presencia constante y recurrente. Por su parte, la costa y el mar disfrutan también de un extraordinario protagonismo en la sociedad gallega secularmente volcada en la pesca dentro y fuera de sus aguas, así como, y de manera progresiva, en el aprovechamiento y cultivo de sus recursos marisqueros. En todo caso, a nivel demográfico, el protagonismo está en la costa. Las dos ciudades más grandes del país, Vigo y A Coruña, son ciudades costeras y en una gran medida toda su costa de norte a sur se asemeja a un gran corredor habitado, aparentando una peculiar y abigarrada urbe en forma de ciudad lineal donde todo convive, el pueblo, la ciudad, la aldea, la casa con la huerta, el gran edificio con la residencia turística, el almacén con la fábrica o la lonja, la viña, en fin, con el pinar o el prado.

En su conjunto, cuenta hoy ya Galicia con la mitad de su población definida por unas características y una cultura claramente urbana sobre la cual gira el eje de su capacidad de reacción, tanto en los sectores socioeconómicos emergentes de la nueva industria del automóvil o de las empresas de comercialización de confección como en la reconversión de los tradicionales sectores de la pesca, construcción naval, conserva o química, etc. Su situación se define hoy por una serie de hechos relevantes y recientes, tales como el logro de un amplio margen de autonomía, su inserción económica y política en Europa, así como por la reticulación progresiva de las comunicaciones con Portugal y el centro de España. A nivel cultural, el país vive una situación marcada por su condición bicultural escindida entre la cultura y el idioma gallego tradicional y autóctono frente al idioma castellano, propio del Estado español y dominante entre las capas de población medias y altas. No obstante, la reacción cultural del país ha conducido a que exista hoy una política importante de recuperación de la lengua y la cultura local que ha provocado hechos tales como que en el ámbito de la edición de libros en Galicia el idioma propio sea prácticamente la lengua de la cultura, así como el que se haya creado un canal de televisión y una importante cantidad de emisoras de radio que emiten en lengua gallega.

Los últimos años, asimismo, han posibilitado una importante reacción social y económica que ha conducido al desarrollo de una serie de planes de gran trascendencia, entre ellos, el Plan de Carreteras, el Plan de Comarcalización, el Plan Forestal o la creación del Sistema Universitario de Galicia, además del importante Sistema Gallego de Salud. La inserción de Galicia en Europa ha resultado favorable en diversos aspectos (es necesario reconocer que ha provocado también graves desajustes en algunos sectores tales como el lácteo, el pesquero o el de la construcción naval) en virtud de los diversos programas de apoyo al desarrollo económico y social que le fueron otorgados a Galicia por su condición de zona objetivo prioritaria. Entre los programas de concepción y promoción europea concedidos se encuentra el programa Leader, a cuyo análisis aplicamos, en su fase I y II, las reflexiones que incluimos en el siguiente apartado.

Los sistemas de acción de los Leader I y II de Galicia: algunas reflexiones

De cara a la presentación de un balance de los resultados globales de nuestra investigación, llevada a cabo en las tres zonas de Galicia en las que se gestionaron programas Leader de desarrollo local (Monterrei, Arzúa-Potodemouros y Ancares), resulta pertinente el realizar una referencia al marco administrativo del programa europeo en el que estas iniciativas se encuadran. Es preciso indicar que este programa determina modos de gestión de los recursos muy pautados que limitan los márgenes de variabilidad de los procesos, facilitando el acceso a las líneas de apoyo a aquellos emprendedores pequeños y medianos dotados de unos recursos y capacidades más maduros y consolidados. Por otra parte, debemos indicar que este programa ha aportado un modo de gestión contractual entre partes que resulta novedoso a nivel de nuestra comunidad autónoma y que es susceptible de provocar reajustes y nuevos posicionamientos originales por parte de los diferentes actores que ejercen en nuestros territorios y comunidades.

Acerca de los actores y sus estrategias

Uno de los primeros problemas al que nos ha confrontado nuestra investigación ha sido el de dirimir entre la condición de «actores» o la de simples «clientes» de los participantes implicados de un modo u otro en los citados programas Leader¹⁴. Esta aclaración resulta conveniente por dos motivos: primero, por el hecho de que la concepción «gestionista» y «tecnocrática» del programa podría favorecer relaciones muy acotadas y limitadas por el marco normativo entre el equipo gestor Leader y los distintos emprendedores susceptibles de entrar en relación con él. Y, segundo, porque la condición de actor o cliente, a nuestro modo de ver, serviría para diferenciar a aquellos implicados en el programa con una visión globalizada del desarrollo local respecto de aquellos otros promotores, miembros o no de la comunidad, que se dirigirían al equipo gestor como unos simples clientes que solicitan una subvención puntual a un proyecto. En nuestra opinión, y a la vista de los datos obtenidos, se puede postular que la presencia prevalente de los actores sobre los clientes en un proyecto de DL puede significar su solidez y su mantenimiento frente a su condición coyuntural, a su fragilidad e incluso a su eventual declive¹⁵.

14. Tenemos que reconocer aquí que las consideraciones que a continuación vayamos desglosando agradecerían una aclaración previa sobre las características de los programas Leader, así como acerca de la configuraciones sociológica, económica y cultural de las tres zonas que hemos estudiado. Ante la imposibilidad material de hacerlo en el marco limitado de un artículo de estas características, nos contentaremos con indicar simplemente que el programa Leader viene predefinido en su modelo de gestión por parte de la Unión Europea, entidad que realiza una supervisión bastante rigurosa de cada uno de ellos y que las zonas de Galicia en las cuales se desarrollaron programas Leader I y II fueron todas ellas zonas rurales del interior: comarca de Monterrei, comarca de Arzúa-Portodemouros y comarca de Ancares.
15. Consideramos aquí como hipótesis que la eliminación del cuarto de los programas Leader I otorgados a Galicia en la primera fase, el de la Comarca do Baixo Miño, puede, indirectamente, haber declinado y desaparecido por este motivo.

Este eje de atención metodológica nos ha permitido detenernos en el interés que presenta un posible esbozo de una tipología de actores del desarrollo que, partiendo de los dos tipos arriba apuntados, matizase y graduase los niveles de implicación en los procesos de desarrollo local. En ese intento existen dos datos que, sin ser determinantes ninguno de ellos, resultan significativos y éstos son precisamente la mayor proximidad o lejanía de los individuos respecto de un *ethos* rutinario tradicional y, sobre todo, la existencia o no de una experiencia sociorrelacional externa a la comunidad, que hubiese permitido conocer y experimentar, normalmente a través de la emigración, otras sociedades, otras culturas y otros modos diferentes de organización social. Pero uno de los aspectos transversales que más determinante ha resultado en este diagnóstico, además del ya apuntado, ha sido el del papel jugado por las tradiciones cívicas y asociativas locales, las cuales poseen la virtualidad de poder llegar a sustanciar auténticas culturas locales susceptibles de fomentar la capacidad de iniciativa de sus miembros, sin que ello vaya en menoscabo de la posible adscripción a los marcos culturales de referencia. Estableciendo un cruzamiento de estos factores, resulta posible, en nuestro caso, discriminar útilmente una tipología actuarial orientadora de los programas de desarrollo (cuadro 2).

Respecto de los tipos actoriales apuntados, hemos de indicar que el primer tipo de *cliente* puro no ha sido muy frecuente, de modo que ha constituido un porcentaje muy minoritario de entre los actores emprendedores contactados por nosotros. Sin embargo, el tipo segundo, *actor potencial*, de carácter menos previsible y más azaroso que el tercero, está presente en los tres programas aunque lo haga de forma irregular apareciendo con mayor intensidad, por ejemplo, en Arzúa-Portodemouros que en Monterrei; de la misma manera que el tercer tipo de *actor pleno* evidencia un mayor peso y una presencia relativa más importante en una zona como la de Monterrei (Leader I y II), en la cual se evidenció la existencia de una tradición cívica sociocomunitaria más intensa que en la de los otros dos programas.

Conviene subrayar aquí que los modos de implicación e *interesamiento* de estos actores en los programas de desarrollo local han, en general, evidencian-

Cuadro 2.

Clientes	Actores potenciales	Actores plenos
Pragmatismo, rutina.	Niveles irregulares de experiencia sociorrelacional.	Experiencia sociorrelacional (interna y externa).
Horizontes sociales limitados.	Elementos de formación cultural y actitudinales positivos.	Posesión de niveles relevantes de capital sociorrelacional y cultural.
Capacidad de autonomía baja.	Capacidad de autonomía media.	Capacidad de autonomía alta.

Elaboración propia.

do un doble perfil de carácter, en algunos casos, básicamente económico (mediado por el cumplimiento de un objetivo de empresa económica) o un más denso y ambicioso posicionamiento orientado al logro de efectos sociales complementarios en la zona en la que se promueve la iniciativa (creación de empleo, promoción de un recurso potencial, etc.), aunque también deba indicarse que no siempre es posible establecer con rigor este tipo de distinción.

Por todo ello, las tipologías actoriales aparecen marcadas por la variabilidad del *ethos*, según éste resulte más próximo al repliegue tradicional grupal o más proclive a un modo mixto, a un tiempo comunitarista y moderno del que han hecho gala algunos de los actores implicados en los programas a los que hemos accedido, o en función también de su condición limitadamente endoprojectada o más ambiciosamente sensible a aperturas hacia el exterior, en muchas ocasiones fecundadas también con las mejores hebras de la sensibilidad solidaria local. Si la previa inserción en redes de los *clientes*, *actores potenciales* o *actores plenos*, resulta un factor ambiguo por la propia frecuente ambigüedad de las redes sociales del rural gallego, las cuales en ocasiones ejercen un papel más clientelar y conservador que innovador, lo cierto es que, y a pesar de ello, el nivel de densidad de esa pertenencia suele funcionar como una oportunidad para intercambios sociorrelacionales más ricos y variados y, por ende, a constituirse en una ocasión frecuente para el aprendizaje social de nuevas destrezas relacionales.

En todo caso, el grado de experiencia social y relacional acumulada, especialmente densa y vívida en algunos individuos imposibles de encasillar en grupos sociales específicos, resulta un indicador claro tanto de proclividad como de competencia para explicar la sensibilidad y eficiencia de algunos actores en el abordaje de proyectos e iniciativas locales de carácter social y económico.

Por otro lado y en relación con las tipologías actoriales, no debemos ignorar una observación presente en la propuesta de Latour y Callon, cuando al incidir en la dimensión del «en-rolamiento» como parte del proceso llaman la atención sobre el hecho mismo de que el programa con su génesis específica está ya transformando la situación (*traducción*) al modular los propios roles emergentes que éste promueve. En ese sentido, el Leader permite a algunos actores en su calidad de miembros del colectivo (y en base tanto a la filosofía innovadora que promueve, al apoyo financiero que establece como a los procesos de formación que implanta...) que éstos puedan experimentar modos de actuar distintos determinados por el propio proyecto desde el momento en el que éstos se dejen seducir por el proceso de *interesamiento*. De todo ello se deriva una potencialidad de este tipo de programas, la cual resulta particularmente ostensible en zonas rurales en proceso de transformación como las que nos ocupan situadas en la Galicia interior, concretable en la capacidad de los propios programas de desarrollo para actuar como parteros de nuevos modos de actuar y, en virtud de ello, para favorecer la emergencia de nuevos tipos de actores más informados y cualificados.

Digamos aquí, como colofón de este apartado, que la presencia de *clientes* ha sido en general muy escasa. Ciertamente, el programa prácticamente

vedaba este tipo de perfil protoactorial y su aparición ha sido muy colateral, puesto que se limitaba a la primera etapa en alguno de los programas. Esta posibilidad se concretó en la aparición de pseudopromotores turístico-rurales que, tras solicitar la ayuda para restaurar una vivienda rural, no llegaron a desarrollar ninguna actividad de este tipo ejerciendo como meros clientes que maximizan un recurso financiero de la Administración reorientándolo y desvirtuándolo, al modo de *free-riders* «cazadores de subvenciones», de su finalidad original. Podríamos añadir aquí que este modo de actuar tan pragmático se corresponde con unas lógicas sociales de tipo clientelar en las cuales se cruza tanto la frecuente carencia de recursos, no sólo económicos sino también sociales y culturales, por parte de los clientes con su objetivo de obtener el máximo rendimiento de su escaso capital social disponible, es decir, de la red de tipo clientelar en la que pueden sentirse insertados. Resultando evidente también que, al deber moverse en un contexto impregnado de ese tipo de valores, un grupo de acción local, cuanto más dependa del poder electo municipal, más vulnerable e indefenso resultará ante estrategias de este tipo.

Probablemente, el tipo actorial más sugerente de los analizados sea el de los *actores potenciales*. Este grupo, caracterizado por su condición fronteriza, es aquél que puede establecer una inflexión y una ruptura innovadora desde un marco de recursos y potencialidades económicas, sociales y culturales relativamente limitado. Entre ellos se encuentran actores que, partiendo a veces de una mentalidad clientelar y frecuentemente fatalista, tienen sin embargo arrestos para confrontar un desafío y vislumbrar una forma distinta de relación con el entorno socioeconómico. Varios han sido los casos de actores de estas características que han hallado en el programa una oportunidad social y vital, al mismo tiempo que supieron darle al mismo un sentido pleno al asumir el desafío de implicarse en él. Cercanos a los primeros, estos ya *actores*, se hicieron muy visibles en dos de los programas (Arzúa-Portodemouros y Ancares), en los cuales personas modestas de origen y cultura popular, una mujer de cierta edad que había tenido que desmarcarse de la postura fatalista de su marido, en un caso, y un matrimonio de emigrantes retornados, extremeño él y gallega ella, en el otro, habían descubierto con su apuesta nuevas oportunidades no sólo económicas sino también sociales y humanas con la relativamente inesperada aventura vital de gestionar una casa de turismo rural.

Por su parte, los *actores plenos* presentan en general un perfil más acabado y experimentado en el cual prevalece una condición social y/o socioeconómica frecuentemente contrastada con factores tales como el haber estado ya implicados en alguna iniciativa previa relevante de carácter económico o social o el disponer de un bagaje personal de formación, académica o no, significativo. Este tipo de rasgos parecen ser los que habilitan a este grupo actorial para que pueda abordar, de entre los proyectos promovidos, aquéllos de mayor complejidad y envergadura. Entre éstos se encuentran con frecuencia cooperativistas y pequeños empresarios locales, pero también personas con una dilata-

da experiencia sociopolítica local, emigrantes con un itinerario vital complejo, neorrurales o jóvenes locales con niveles altos de formación.

Redes, sistemas de acción local y traducciones

Hay que decir aquí, en relación con el proceso promovido por el programa Leader, que éste delimita y concreta con un alto nivel de especificidad los grados de implicación posibles por parte de los actores que se suman al proceso e intervienen en él. Los niveles principales de participación vienen marcados por el liderazgo del grupo de acción local, el cual preside el proceso y tiene una composición de carácter político-social que privilegia la representatividad de los ámbitos municipales en cuyos territorios se asienta el programa. En un segundo nivel, y desempeñando un papel protagónico en el desarrollo del programa, se halla el núcleo de técnicos el cual se responsabiliza de su gestión disfrutando de grados de autonomía variables según los casos; y, finalmente, el tercer y último nivel sería el llamado a interactuar y a colaborar con los dos anteriores. En éste es en el que se integran los emprendedores implicados, los cuales representan sin duda la parte más sustantiva en lo que se refiere al sentido y a los contenidos del programa.

El grado y carácter de la implicación de los actores emprendedores viene determinado por su objetivo de conseguir apoyo para la puesta en marcha de un proyecto de carácter empresarial. Su vinculación con el programa suele tener varios momentos desde la fase inicial de *interesamiento*, durante la cual recibe la información susceptible de provocar su atención, hasta la presentación de su candidatura a un proyecto, la cual provoca diversas relaciones posteriores. Antes de continuar aquí hemos de decir que la postura habitual por parte de los equipos gestores en todos los casos analizados ha sido la de aprobar, salvo dificultades normativas, la mayor cantidad de proyectos presentados, aún al coste de tener que reducir proporcionalmente el porcentaje del montante de la subvención. Algo que tuvo ya una particular incidencia en el caso del Leader II. Una vez aprobados los proyectos, los actores emprendedores vinculados pasaban a establecer relaciones diversas con los responsables del programa, siendo las principales la formación, el asesoramiento o la percepción de un apoyo financiero así como su participación eventual en comisiones o asambleas en las que se iba analizando el desarrollo del proyecto.

Respecto de la relación entre actores y redes, puede afirmarse que, unos y otras, suelen acoplarse de modos diversos. En general, como ya hemos apuntado, los clientes tienden a maximizar unos recursos relacionales escasos insertándose en redes sociales de tipo clientelar. Por su parte, los actores potenciales y plenos suelen acceder a redes estratégicas más heterogéneas, dotadas de un mayor alcance y complejidad, logrando, en virtud de ello y recogiendo la terminología de Granovetter, hacer valer la fuerza adicional de los *vínculos débiles*. No obstante, es probable que la constatación más relevante sea la de que los modelos de redes dominantes existentes en el entorno de cada uno de los tres programas presenten unas características relativamente diferenciadas. En el

caso de Monterrei, el programa parece haber llegado como un fruto maduro¹⁶ a una zona, en parte de la cual la Asociación Portas Abertas de desarrollo comunitario había ido creando y formando una red activa e implicativa a través de una labor dilatada a lo largo de las dos décadas anteriores. Esta característica hizo posible el hecho de que las redes activadas por el Leader en el momento de su implantación hubiesen sido constituidas en base a un doble proceso de decantación de lo mejor del legado de la memoria y la cultura cívica local junto con los aportes de los agentes dinamizadores del programa que supieron aportar nuevos recursos organizacionales e incrementar la formación de los actores emprendedores implicados (Portas Abertas estaba integrada en sendas redes de desarrollo comunitario a nivel gallego y español). El programa Leader fue solicitado por esta asociación, apoyándose para ello en la realización de un riguroso estudio acerca de los problemas y las potencialidades de la zona. Esta red comunitaria heterogénea y productiva se aleja del modelo jerarquizado inherente a la propuesta del actor-red en virtud de la relativa horizontalidad (rasgo éste inherente al discurso y a la metodología del desarrollo comunitario) en base a la cual se propusieron desde el primer momento actuar los miembros del equipo técnico gestor.

La red que servía de soporte al proyecto en la zona de Ancares había contado con una génesis bastante original. Esa zona de la montaña luguesa mantiene, aparte del núcleo de Becerreá, una tradición bastante estable de voto a la izquierda que la diferencia de lo que sucede en la mayor parte de la Galicia interior. El haber sido una zona particularmente castigada y controlada durante la guerra del treinta y seis provocó un fuerte sentimiento reactivo anticaciquil que en sus inicios, en la forma de las redes de apoyo al maquis, y más tarde ya como redes de confianza política, reciclaron sus objetivos en plena democracia convirtiéndose en redes orientadas al aprovechamiento de las oportunidades sociales y económicas susceptibles de ser proporcionadas por el nuevo sistema político. El acicate aquí para el cambio y la innovación parece haber sido en una estimable medida el sesgo crítico y reactivo implícito en una dilatada posición sociopolítica no convencional mantenida por parte de estas comunidades.

La tercera de las redes, la de Arzúa-Portodemouros, se instala en una zona de la Galicia interior conservadora, la cual parece, en principio, adaptarse con facilidad a los requerimientos de una entidad gestora con relaciones fluidas a nivel municipal y autonómico. El modelo de red que aquí se constituye parece estar muy marcado por el protagonismo de la entidad gestora, que supervisa estrechamente el funcionamiento tanto del Centro de Iniciativas Turísticas como del centro de ocio y deporte situado en el embalse de Portodemouros, los

16. Debemos indicar aquí que durante el Leader I el alcance geográfico del programa estuvo limitado a las localidades del valle de Monterrei de Arzádegos, Vilardevós y Castrelo do Val. Hemos de indicar también aquí que el programa Leader I había sido solicitado por la Asociación Portas Abertas en base a un riguroso estudio en el que se analizaban los problemas y las potencialidades de la zona.

cuales constituyen los ejes principales de la actividad del programa. El modelo de red semeja, en este caso, una estructura jerarquizada evocadora de la configuración de referencia del tipo de la del actor-red.

Un aspecto que presenta una indudable relevancia de cara a conocer los sistemas de acción que conformaron cada uno de los tres programas Leader analizados en nuestra investigación, ha sido el papel desempeñado por los respectivos líderes sociales de cada uno de ellos. El programa Leader de Monterrei, tal como ya indicamos, fue promovido por la asociación cultural Portas Abertas, la cual había sido creada por un sacerdote con vocación de sociólogo que, además de tal, había sido también concejal del Partido Socialista (PSOE-PSdeG). Este líder se distinguía por su gran prestigio humano y por ejercer un claro y respaldado liderazgo sobre un proyecto para cuya consecución había desplegado todo tipo de esfuerzos, los cuales había logrado después de no pocas dificultades. Podríamos decir que, en este caso, el programa Leader se adaptaba como un guante a una vieja y dilatada línea de trabajo comunitario promovida y liderada por él en esa zona. El sistema de acción que se fue conformando en esta comarca, elaborado a partir del trabajo de campo realizado, evidencia una identificación fluida y horizontal por parte de los actores sociales, pequeños empresarios y técnicos en torno a un *portavoz* y a su modo de interpretar un programa, el cual se fue rodeando de asesores cualificados¹⁷, haciendo funcionar de modo democrático y dinámico el grupo de acción local que, según prescribe la Unión Europea, debe coordinar el programa. El sistema se define por la existencia de un fuerte equilibrio entre la comunidad y los agentes sociales que respaldan el proceso, la existencia de una clara implicación como actores activos y participativos en el programa de los promotores receptores del programa, así como por la existencia, en particular durante el Leader I, de una fluida sintonía entre los responsables políticos locales, el grupo de acción local y la comunidad.

El liderazgo del programa Leader de Ancares estuvo en manos del alcalde más activo, que lo era de uno de los municipios de esa comarca. Este alcalde del Partido Socialista en un pequeño ayuntamiento de la montaña de Lugo (As Nogais), buscó desde el primer momento el apoyo para gestionar su programa en una empresa de Madrid especializada en programas de intervención social, la cual desarrolló una labor muy directamente vinculada a las especificaciones emanadas desde el grupo de acción local presidido por el responsable político de la Administración local. Este líder aparece caracterizado por los actores intervinientes en el programa también como una persona con fuerte capacidad de movilización y claramente motivado por lograr el desarrollo local de su deprimida comarca. El *sistema de acción local* puede considerarse, en todo caso, orientado en una dirección populista, al perder relevancia en algunos aspectos el grado de autonomía disponible por parte de los técnicos gestores

17. Debemos aclarar también que este sacerdote, Digno González, en el momento de redactar nuestro informe, había ya reorientado su vida yéndose a Centroamérica a ejercer de misionero.

del programa. Por todo ello, la existencia aquí de un protagonismo político definido parece haber influido en que aflorase en sectores de otro partido, competidor desde el espacio de la izquierda y también activo en la acción por el desarrollo social y local de la zona, ciertas distancias y críticas cruzadas que en determinados momentos han provocado polarizaciones. Asimismo, y quizás como corolario inevitable de este modelo de acción, el grupo de promotores que conforman la red activada por el programa Leader tienden a confundirse en algunos casos, y también aquí, con aquella red sociopolítica próxima a la del alcalde y líder del programa. No obstante, debe quedar también claro que el partido de izquierdas crítico con el proceso (el Bloque Nacionalista Galego) lo fue, entre otros motivos, porque sus proyectos no eran subvencionados por el programa y, ciertamente con la normativa en la mano, no podrían serlo, dado que los proyectos cooperativos de desarrollo local que apoyaba estaban claramente enmarcados en el sector de la producción ganadera, ámbito éste no contemplado como subvencionable por el programa Leader. En todo caso, hay que constatar el hecho de que el desarrollo del programa Leader en una zona de alta montaña como ésta, habitualmente desarmada de oportunidades, representó una clara oportunidad para alentar a nuevos promotores sociales, y aún a pesar de las diversas mediaciones existentes, para favorecer también un prometedor proceso de renovación social con la emergencia de nuevas microelites socioeconómicas a nivel local.

El tercero de los programas, llevado a cabo en la zona de Arzúa-Portodemouros, cerca de Santiago de Compostela, fue el más generosamente dotado de recursos financieros, con medios muy superiores a los otorgados a los dos anteriores, y ha estado gestionado por una empresa, el Instituto de Desarrollo Comunitario, que disfrutaba de unas relaciones muy fluidas con el gobierno autónomo de Galicia. En este programa, el equipo gestor vinculado al IDC buscó inicialmente como presidente del grupo de acción local, de cara a establecer un liderazgo con prestigio, el concurso de un sacerdote y antiguo alcalde de Arzúa con la Unión de Centro Democrático, pero a través de la información cualitativa recogida por nosotros se nos hacía ostensible el desacuerdo de éste con algunas de las orientaciones establecidas en el modo efectivo de implantación del programa por parte del equipo gestor, en cuyo proceso el antiguo alcalde decía reconocer claros déficits participativos, al menos en aspectos funcionales que requerirían una mayor atención de la prestada. Semejaba que, en una considerable medida, su liderazgo dentro del GAL solamente se mantenía a nivel formal, puesto que había sido reorientado desde su persona hacia el *corpus* del equipo gestor.

Un aspecto que resulta reseñable, a pesar de los sesgos que pueden representar algunas de las consideraciones que acabamos de establecer, es el reconocimiento muy generalizado acerca del nivel de eficiencia alcanzada por parte de los equipos gestores en el conjunto de los programas. Puede afirmarse que, en general, la lógica de las *disidencias* aparece limitada a algún aspecto secundario relativo a los niveles más funcionales del marco regulador, tal como vimos que sucedía en el programa de Ancares con el malestar creado por la no aprobación

de una subvención a la cooperativa ganadera de S. Román de Cervantes, o bien en relación con algunos aspectos de funcionamiento derivados de los «estilos» específicos de implantación propios de cada uno de los equipos. Las críticas que se le realizan a éstos, salvo en el caso de los déficits democráticos, los cuales frecuentemente están relacionados con el modelo de liderazgo e incluso con las exigencias normativas del mismo programa Leader, suelen tener más que ver con las limitaciones financieras del proyecto (por ejemplo en Ancares los promotores de casas de turismo rural criticaban el escaso apoyo técnico y logístico recibido para su adecuada concepción y diseño) que con una falta de eficiencia en el aprovechamiento de los recursos por parte de los técnicos y los grupos de acción local. Algo que posiblemente no sea ajeno al hecho de que el alto interés por la labor a desarrollar formase parte también de la actitud de fondo de unos jóvenes técnicos, contratados temporales, sin duda doblemente interesados en alcanzar el éxito al final de su labor. Interés que incluso en algunos momentos pudo haber provocado premuras, acaso inexorables, en el modo de incorporación de los emprendedores, viéndose compelidos, ellos y los grupos de acción local, a favorecer el acceso de aquellas personas más idóneas de entre las más accesibles y próximas. Un riesgo éste que sin duda se veía favorecido en los inicios del Leader I por el desconocimiento, por parte de los miembros de la comunidad, acerca de cómo se desarrollarían estos nuevos programas europeos, tanto como, a causa también, de la explicable prudencia del mundo rural ante las iniciativas novedosas y desconocidas (cuadro 3).

Cuadro 3.

	Ancares	Monterrei	Arzúa-Portodemouros
Problematización	Modelo mixto de motor político municipal local y equipo técnico.	Concebido desde y con la tradición local de desarrollo comunitario.	Modelo técnico promovido desde una entidad especializada.
Interesamiento/enrolamiento	Los actores se dejaron seducir desde una red comunitaria reactiva de base político-social.	La tradición comunitaria local facilitó la implicación de actores motivados y cualificados.	El carácter técnico y político institucional del modelo favoreció el acople de actores.
Red y sistema de acción local	Implicativo-populista.	Implicativo-red comunitaria.	Estructura gestionaista de actor-red.
Puntos de paso obligado/Regulamientos	Opción por un modelo de microindustria agraria y turismo rural.	Opción a favor de un desarrollo local diversificado.	Se opta por un modelo de desarrollo centrado en el turismo rural.
Lógicas de la disidencia	Derivadas del marco normativo y regulador y del déficit de recursos del programa.	Provocadas por retrasos en la percepción de las transferencias.	Desacuerdos relativos a aspectos de funcionamiento.
Transformaciones y traducciones	Apoya la creación de una nueva microelite económica local.	Afianza un sector económico local empresarial y cooperativo.	Se crea un sector turístico rural con forma jerarquizada de actor-red.

Elaboración propia.

Si nos detenemos a realizar alguna estimación acerca de las lógicas de los conflictos que han ido aflorando en los distintos programas, podemos comprobar como en el caso de Monterrei éstas tienen que ver exclusivamente con los regulamientos normativos externos del Leader o bien con retrasos (en el caso del Leader II) en el cobro de las subvenciones, provocadas a su vez por un retraso previo en las fechas establecidas desde Europa y el Gobierno autónomo para el traspaso de los recursos financieros. En el caso de Ancares, el nudo conflictual, como ya apuntamos, derivaba de una doble tensión política y técnica. El azar provocó que se superpusiesen dificultades normativas con lógicas desavenencias políticas que, en el contexto de comunidades locales fuertemente semantizadas, pueden provocar y provocan tensiones diversas. En relación con Arzúa, las disidencias fueron asimismo funcionales, debidas básicamente a dos tipos de motivos, primero, a causa de diversos malestares puntuales con una técnica a la cual se le asignó inicialmente, y con carácter de exclusividad, la labor de restauración de las casas de turismo rural y, en segundo lugar, en relación con los modos de entender la gestión de los programas. En ocasiones, al cuestionarse la forma más o menos participativa de éstos y en otras, y por derivación de lo anterior, en relación con determinadas tomas de decisión que para algunos actores resultaban discutibles.

En lo que hace referencia a las dinámicas de cooperación, y sin desear entrar de manera sistemática en el nudo de la cuestión, nos parece pertinente establecer, a modo de recapitulación, algunas breves consideraciones al respecto; en primer lugar, que el programa Leader, tal y como se presenta desde sus inicios, provoca unas dinámicas de implicación y participación muy regladas y por lo tanto bastante limitadas en sus modos y formas posibles de producirse, en segundo lugar, que la experiencia ha demostrado que los distintos líderes y gestores han atraído hacia el proyecto, en el mejor de los casos (Monterrei) a entidades y actores que a lo largo de los años habían evidenciado ya un claro interés y vocación por el desarrollo local de su zona, mientras que, en otros, la posible participación ha estado condicionada por el grado de efectividad de los canales de difusión implementados, y en el peor de los casos por las premuras y el miedo al fracaso de técnicos y gestores obligados a alcanzar un determinado número de actores captados y de proyectos presentados. Lo que sí resulta observable en las fases actuales de desarrollo de los programas es que algunos de ellos (Monterrei en especial y también de un modo u otro Ancares y Arzúa) han alcanzado un prestigio en su ejecución, que podría provocar aquello que un actor de Monterrei nos definió en su momento como la posibilidad de que el «propio éxito del programa, acabase por matarlo».

El proceso de *traducción* operado por el programa en los tres casos analizados presenta unos resultados diferentes. En Ancares el hecho de que segmentos de una protorred de carácter popular se vea, en virtud de su fragilidad, compelida a maximizar su relación natural con la estructura del poder municipal va a provocar que esta misma red se redefina, al hilo del desarrollo del programa, como una estructura reticular de carácter implicativo-populista. Su afianzamiento va a provocar, entre otras cosas, la posibilidad de que la red

social reconvierta alguno de sus efectivos a modo de una nueva microelite económica local. Bien entendido que este concepto resulta relativo, dado el hecho de que en este momento la única posibilidad sensata de sobrevivir dignamente en la montaña lucense consiste en hallar una actividad económica, frecuentemente empresarial, alternativa ante el declive del modelo de actividad tradicional. Por otro lado, la estructura reticular de llegada avanza en la dirección de un modelo de actor-red llamado a confirmar el protagonismo social del nódulo municipal local.

La *traducción* operada en la zona de Monterrei tiene como específico el rasgo de haberse producido en un área en la que preexistía una red de iniciativa para el desarrollo de la comunidad de carácter horizontal y participativo en la que prevalecía un protagonismo en la forma de un poder difuso y democrático. En este sentido, el programa confirmó y potenció este modelo preexistente, al mismo tiempo que sirvió también para reforzar una red de actores socioeconómicos locales caracterizados por una contrastada eficiencia previa.

Lo acontecido en Arzúa-Portodemouros presenta, a su vez, un perfil original en la medida en que en este caso el proceso de *traducción* ha estado influido por el hecho de que el claro protagonismo desplegado por el equipo técnico-gestor responsable de la implantación del programa favoreció su conversión en un auténtico actor-red. Este actor-red plasmó un modelo de vertebración territorial en base al turismo rural a partir de dos centros organizadores: el Centro de Iniciativas Turísticas, encargado de coordinar la relación de la red con el exterior (clientes y comunicación), y el complejo deportivo del embalse de Portodemouros llamado a ser el eje de la actividad turístico-rural de la zona.

Acerca de los actuantes no humanos

Si retomamos el presupuesto de Latour y Callon sobre el desvelamiento de la capacidad de los entes materiales para ejercer de actores (*actuantes*, en su terminología) no humanos, resulta también relevante el hecho de que durante los últimos años han existido en los procesos de desarrollo local determinados productos que han disfrutado de una particular capacidad para catalizar e incluso orientar procesos de desarrollo, los cuales, en diferentes momentos, han propiciado o acompañado *problematizaciones* o dispositivos de *interesamiento* que han sido capaces de provocar sistemas de alianzas o redes organizacionales de signo diverso. Probablemente, en este sentido, dos de los casos más paradigmáticos a nivel de desarrollo local en Galicia hayan sido los de dos productos: el mejillón de batea y el pollo de cría intensiva. El primero provocó una auténtica revolución antropológica entre sectores de los hasta aquel momento pescadores, convirtiéndolos en cultivadores y empresarios compelidos a asociarse como productores y a defender un producto, una estrategia de mercado y una marca. La experiencia de Eulogio Gómez Franqueira, con el proyecto orensano COREN, le llevó a replantear en su momento todo el sistema de relaciones sociales y de producción de la sociedad rural orensana en torno a productos tales como los huevos y los pollos de granja, lo que provocó una

profunda transformación en el perfil y en la mentalidad de los agricultores tradicionales al cambiar sus ritmos de trabajo y al insertarlos en el mundo de la empresa y el mercado, entre otros cambios mayores, en torno a un auténtico actor-red de corte, en opinión de algunos, neoclientelar. Con otras palabras, el proceso de *en-rolamiento* del sistema precedente se vio sometido a un replanteamiento o *traducción* en virtud de la incidencia de estos nuevos *actuales*. Por otro lado, estos actores no humanos se insertan en una red compleja o, si se prefiere, en un *sistema de acción* en el cual pasan a ejercer una influencia protagónica y determinante hasta el punto en el que, al interactuar con humanos, les obligan a crear nuevas *inscripciones* (normas de mercado, venta, marketing) así como a cualificarse y organizarse conformando nuevos *puntos de paso obligado* y nuevas *alianzas*, y lo que es más trascendental, a cambiar cultural y antropológicamente para adaptarse al ritmo de las nuevas interacciones acontecidas con los actuales no humanos. Es por esto que, también en los distintos proyectos Leader analizados, puede rastrearse la capacidad de estos *actuales no humanos* para modular e influir de modo relevante en los procesos organizacionales de desarrollo local. El caso de la castaña o las setas en Monterrei han abierto camino a la comercialización internacional de los productos agrícolas, el pato, en virtud de los requerimientos tecnológicos requeridos para su transformación, ha provocado intercambios en red de tipo también internacional, al mismo tiempo que ha promovido la recuperación de viejos cultivos en relativo abandono como el maíz. La empresa Xuntoira de Arzádegos, importadora de madera de roble americano para la elaboración de sus muebles de cocina, observa como esos mismos muebles se erigen en activadores también de un posible cambio en los modos recientes de la silvicultura local (de pino y eucalipto) a favor de una recuperación de las más nobles especies caducifolias tradicionales. Por su parte, este cambio implica a su vez importantes reajustes en las estrategias de ciertas entidades asociativas así como en las de algunos de los actores sociopolíticos responsables de dinamizar los recursos posibilitadores.

Otras veces, como en Portodemouros, se busca, a través de una nueva *inscripción*, domesticar el río para que éste alivie los rigores veraniegos de las tierras interiores y acepte la humanización de sus orillas, creando formas nuevas de socialidad lúdica y de aprovechamiento económico-turístico en torno al embalse y los deportes náuticos.

En muchos de estos casos, el *actuante no humano* pasa a protagonizar, orientar y catalizar un proceso de transformación que puede afectar a las dimensiones sociales, culturales y organizacionales tanto como a las dinámicas de carácter económico y a los modos de inserción de esa comarca en el mercado.

Cultura, memoria y desarrollo local

Como últimas reflexiones de este trabajo, apuntaríamos hacia la peculiar relación existente entre memoria, cultura popular y actores en las dinámicas de desarrollo local, haciendo hincapié en el papel determinante como motor,

cemento aglutinante y cimiento de enraizamiento que la memoria, productora y retroalimentadora de autoestima, ha tenido en alguno de los procesos y sobre todo en aquél que hemos ido pergeñando como el más denso diversificado e implicativo de los tres, el de Monterrei. En este programa, la memoria y la cultura popular actuaron doblemente, la comunidad trabajó en su desarrollo socioeconómico y en promover su identidad, al mismo tiempo que trabajó y labró su desarrollo socioeconómico, con cooperativas unas veces, con pequeñas empresas otras, pero siempre con un horizonte global de desarrollo y compromiso compartido en una labor común. Desde la memoria herida de los tiempos de la dictadura, inspirado en una voluntad anticaciquil y tras recorrer el periplo migratorio, un *actor pleno* de Ancares, carpintero de oficio, logró, con el apoyo del programa Leader, crear una pequeña fábrica de carpintería en una aldea próxima a As Nogais. Desde la emigración en Euzkadi buscando sus raíces volvieron también a una aldea alejada en la montaña verinesa de la «raya seca» con Portugal, un grupo de artesanos retornó para crear Xuntoira, una fábrica cooperativa de producción de muebles.

Sin querer tampoco eludir las ambivalencias que el recurso a la cultura y a la memoria plantea, nos parece pertinente, como colofón del apartado, hacer aquí una referencia a la idea apuntada por E. Urfalino¹⁸ de que «La cultura requiere, tanto la fidelidad a la memoria como la traición de las culturas anteriores». La memoria de la cultura popular puede estar ahí en la forma de *cultura cívica* o de *capital social*, los actores actúan en, desde y sobre ella. En ocasiones le son fieles, frecuentemente la utilizan, muchas veces la traicionan, pero en todo caso siempre actúan bajo su influencia. Eso sí, muchas veces ese proceso, como sucede en el caso del desarrollo local, puede también dar lugar a una inversión y a una ruptura profunda con la situación preexistente.

A modo de conclusión

Una de las conclusiones centrales de este trabajo remite a la convicción de que la proposición de una mirada sociológica integradora y compleja respecto de las diferentes dimensiones socioorganizativas, que según la presente propuesta metodológica entrarían en juego en las dinámicas de desarrollo local, evidencia una particular pertinencia como herramienta útil al proceso investigador, al permitirnos avanzar en la detección tanto de algunos de los factores de resistencia que pueden dificultar su desarrollo como para ayudarnos a desvelar aspectos que puedan actuar como factores de oportunidad. La propuesta de una lectura sociológica que integre las virtualidades de una perspectiva individualista-actorial, reticular-grupal y cultural sociorrelacional nos ha permitido detenernos a estimar, de acuerdo con esta taxonomía metodológica, dife-

18. URFALINO, Ph. (1996). *L'invention de la politique culturelle*. París: La Documentation Française, p. 46.

rentes escalas y momentos de la acción social organizada para el desarrollo. Las tipologías actoriales existentes han evidenciado una doble relación, tanto con el modelo de redes como con el contexto sociocultural o, si se prefiere, con el tipo de capital social prevalente.

En general, el haber planteado el proceso de desarrollo local en varias etapas nos ha permitido establecer una secuencia desde el momento de problematización (concepción y diseño de un proyecto de desarrollo local) hasta el estadio final de *traducción* o transformación de la situación previa.

Esa evaluación nos ha permitido observar como el modo de producirse cada etapa depende del marco contextual de tipo cultural (identidad cultural, capital social y tradiciones de gobernabilidad) y de qué manera la forma de constituirse o de redefinirse (en algún caso) las redes ha tenido un efecto favorecedor o no del desarrollo del programa.

Por otro lado, la fluidez y la aplicabilidad de los marcos reguladores, y su eventual reorientación, evidencian su dependencia de los niveles de participación de los actores y de su modo de inserción en las redes, y en ese aspecto, si bien la existencia de un grado de cooperación alto, favorecido por el contrastado diseño de partida del programa europeo Leader, ha sido la norma, no debe ignorarse tampoco el hecho de que, de manera desigual y dependiendo en gran medida del tipo de redes existentes, se han producido tensiones respecto del marco regulador en varios de los casos reflejadas en la existencia de divergencias entre actores y gestores relativas a los criterios de funcionamiento.

En conjunto, y centrándonos en el efecto de *traducción* producido, podemos afirmar que el resultado de transformación alcanzado más o menos positivo se halla en relación muy directa con factores tales como: la presencia de actores plenos (normalmente vinculada al legado de tradiciones sociales previas), la existencia de redes sociales implicativas y democráticas, así como la prevalencia de liderazgos abiertos y eficientes. Cuando estos factores se han conjugado, el funcionamiento ha sido más fluido, la cooperación, más intensa y la eficiencia alcanzada por el programa, mayor.

En conclusión, los modelos de referencia del análisis estratégico, la propuesta del actor-red o los enfoques de tipo culturalista nos han ayudado a ir trazando un mapa del itinerario seguido en los programas que hemos analizado, el cual nos aporta un esquema secuencial que subraya sus dimensiones más relevantes así como sus momentos más significativos. No obstante, debe decirse también que en este ámbito constataciones divergentes en lugares a su vez diferentes, tales como las registradas en las tres zonas seleccionadas, pueden no ser sino efecto de situaciones heterogéneas que representan modos distintos de dar respuesta a unos mismos objetivos de desarrollo local, el cual en su momento había sido definido por P. Houée (1992) como un proceso dinámico y global de puesta en marcha y sinergia de los actores locales para valorizar los recursos humanos y materiales de un territorio dado y en relación negociada con los centros de decisión del conjunto económico, social y político en el que se insertan.

Bibliografía

- AGLIETTA, M. (1979). *Regulación y crisis del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.
- BACHELARD, P. (dir.) (1993). *Les acteurs du développement local*. París: L' Harmattan.
- BAGNASCO, A. (1988). *La costruzione sociale del mercato. Studi sullo sviluppo di piccola impresa in Italia*. Bolonia: Il Mulino.
- BAGNASCO, A.; SABEL, Ch. (ed.) (1994). *PME et développement économique*. París: La Decouverte.
- BARDLEY, K.; GELB, A. (1985) *Cooperativas en marcha: el caso de Mondragón*. Barcelona: Ariel.
- BARROSO, M^a. (2000). *Modelos de planificación estratégica y desarrollo local aplicados a la ciudad de Huelva*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.
- BARTH, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.
- BASSAND, M. (1992). *Cultura y regiones de Europa*. Barcelona: Diputación de Barcelona.
- BECATTINI, G. (1987). *Mercato e forze locali: il distretto industriale*. Bolonia: Il Mulino.
- BECATTINI, G. y otros (2002). *Desarrollo local: teorías y estrategias*. Madrid: Civitas.
- BELLAH, R. y otros (1985). *Habits of the hearth*. University of California Press (existe traducción en Alianza Editorial).
- BIANCHINI, F.; PARKINSON, M. (eds.) (1993). *Cultural policy and urban regeneration. Manchester*: Manchester University Press.
- BOUZADA, X. (1995). «Elementos teóricos relativos al desarrollo comunitario local y a su práctica en la Comunidad Autónoma de Galicia». *Papers de Sociologia*, 45, Barcelona.
- (ed.) (1999). *O desenvolvemento comunitario local*. Vigo: Galaxia.
- (ed.) (2001). *Cultura e desenvolvemento local*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- BRUNET y CHASAGNE (1992). «Valoriser l'homme sur un territoire: de l'idée au projet». *Pour*, n.º 136.
- CALLON, M. (1986). «Eléments pour une sociologie de la traduction». *L'Année Sociologique*, 36, p. 169-208. París.
- CALLON, M.; LATOUR, B. (comps.) (1991). *La science telle qu'elle se fait*. París: La Decouverte.
- CARRERO, A.J. (1998). *Valverde del Camino y el desarrollo local: el calzado*. Ayuntamiento de Valverde del Camino.
- CHAZEL, F. (1993). *Action collective et mouvements sociaux*. París: PUF.
- COLEMAN, J. (1988). «Social capital in the creation of human capital». *American Journal of Sociology*, 94, p. S95-S120.
- COULMIN, P. (1986). *La décentralisation: la dynamique de développement local*. París: Syros-Adels.
- CROZIER, M.; FRIEDBERG, E. (1977). *L'acteur et le système*. París: Seuil.
- DYENS, O. (2001). *Metal and Flesh. The Evolution of Man: Technology Takes Over*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- ESPARCIA, J.; BACIEGA, A.; NOGUEIRA, J. (2002). «Las agrupaciones locales de desarrollo rural como instrumentos de desarrollo, cambio y nueva gobernabilidad en los territorios rurales». *Cooperativismo e Economía Social*, n.º 24, p. 59-77.
- ETXEZARRETA, M. (1988). *Desarrollo Rural Integrado*. Madrid: MAPA.
- FILATRE, D. (1992). *Autonomie locale et décentralisation*. Tesis para el doctorado en Sociología. Universidad de Toulouse Le Mirail.
- FOSTER, G.M. (1974). *Antropología aplicada*. México: FCE.
- (1986). *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. México: FCE.

- FRIEDBERG, E. (1993). *Le pouvoir et la règle*. París: Seuil.
- FRIEDBERG, E.; MUSSELIN, C. (1989). *En quête d'universités*. París: L'Harmattan.
- FRIEDMANN, J.; WEAVER, C. (1979). *Territory and Function*. Berkeley: University of California Press.
- GIRAUD, C. (1993). *L'action commune. Essai sur les dynamiques organisationnelles*. París: L'Harmattan.
- GÓMEZ, M.L. (1999). *La diversificación económica de Antequera, proceso de desarrollo local*. Málaga: Diputación de Málaga.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. (2001). *Sociología y ruralidades (La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana)*. Madrid: MAPA.
- GRANOVETTER, M. (1985). «Economic action and social structure: the problem of embeddedness». *American Journal of Sociology*, 91, p. 493.
- HALBWACHS, M. (1950). *La mémoire collective*. París: 1950.
- HODGSON, G.M. (1988). *Economics and Institutions*. Cambridge: Polity Press.
- HOUÉE, P. (1985). *Le Mené un pays qui se prend en main*. Rennes: Comité d'Expansion du Mené.
- (1989). *Les politiques de développement rural: des années de croissance aux temps d'incertitude*. París: Económica.
- (1999). «A Bretaña e as súas comarcas: unha experiencia rexional de desenvolvemento local», p. 21-37. En BOUZADA, X. *O desenvolvemento comunitario local, un reto da sociedade civil*. Vigo: Galaxia.
- KRUGMAN, P. (1996). *The Self-Organising Economy*. Oxford: Blackwell.
- LATOUR, B. (1992). *Ciencia en acción*. Barcelona: Labor.
- LÓPEZ-CASERO OLMEDO, F. (ed.) (1989). *La agrocuidad mediterránea*. Madrid: MAPA.
- LUMMIS, C.D. (1996). *Radical Democracy*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- MARSHALL, A. (1890/1948). *Principios de economía*. Madrid: Aguilar.
- MOLINA, I. (2002). *El desarrollo local en Cuéllar*. Dos Soles.
- MORALES, A.C. (2001). «La construcción de capital social a través de la economía social. Evaluación de la política de fomento mediante los programas de desarrollo rural». Comunicación presentada al VII Congreso Español de Sociología. Salamanca, septiembre de 2001.
- MOYANO, E. (2001). «El concepto de capital social y su utilidad para el análisis de las dinámicas de desarrollo». *Revista de Fomento Social*, n.º 56, 2001, p. 35-63.
- NEWBY, H.; SEVILLA GUZMÁN, E. (1983). *Introducción a la sociología rural*. Madrid: Alianza.
- PECQUEUR, B. (2000). *Le développement local: pour une économie des territoires*. París: Syros.
- PELL, D. (1994). «Promotion of Community Economic Development». En GALAWAY, B.; HUDSON, J. (eds.). *Community Economic Development*. Toronto: Thompson Educational Pub., p. 249-258.
- PÉREZ RAMÍREZ, B.; CARRILLO BENITO, E. (2000). *Desarrollo local: manual de uso*. Madrid: ESIC Editorial.
- PIORE, M.J.; SABEL, Ch.F. (1984/1990). *La segunda ruptura industrial*. Madrid: Alianza.
- POLANYI, K. (1989). *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- (1992). *The Economy as an Instituted Process*. En GRANOVETTER, M.; SWEDBERG, R. *The Sociology of the Economic Life*. Boulder: Westview Press.
- PUTNAM, R. (1993). *Making democracy Work*. Princeton: Princeton University Press.
- (2002). *Sólo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

- REYNAUD, J.D. (1993). *Les règles du jeu. L'action collective et la régulation sociale*. París: Armand Colin.
- RODRÍGUEZ, M. (coord.) (2001). *Experiencias prácticas de desarrollo local*. Barcelona: Bayer Hnos.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T. (1998). *Del desarrollo local a las redes para mejor-vivir*. Buenos Aires: Humanitas.
- SÁNCHEZ, R. (2001). *Dinámica socio-cultural y desarrollo local en la provincia de Zaragoza*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- SCHUMACHER, E.F. (1980). *El buen trabajo*. Madrid: Debate.
- SELZNICK, Ph. (1949). *TVA and the grassroots. A study of politics and organization*. Berkeley: University of California Press.
- SERRES, M. (1987). *Statues*. París: François Burin.
- SFORZI, F. (1999). «La teoría marshalliana para explicar el desarrollo local». En RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, F. *Manual de desarrollo local*. Oviedo: Trea.
- SHARRYN, K. (1993). *El mito de Mondragón: cooperativas, política y clase trabajadora en una ciudad del País Vasco*. Tafalla: Txalaparta Argitaletxea.
- STÖHR, W.; TAYLOR, F. (1981). *Development from Above or Below?* Nueva York.
- TEISSERENC, P. (1994). *Les politiques de développement local*. París: Económica.
- TWELVETREES, A. (ed.) (1998). *Community Economic Development*. Londres: Community Development Foundation.
- VAUTRIN, G. (1992). «Développement local et transaction sociale». En BLANC, M. *Pour une sociologie de la transaction sociale*, p. 260-271. París: L'Harmattan.
- VÁZQUEZ BARQUERO, A. (1988). *Desarrollo local, una estrategia de creación de empleo*. Madrid: Pirámide.
- VV.AA. (2002). *Economía Social. Nuevos yacimientos de empleo y desarrollo local*. Vitoria-Gasteiz: Xabide.
- WARE, C.F. (1935). *Greenwich village 1920-1930*. Boston: Houghton Mifflin Co.
- (1986). *Estudio de comunidad*. Buenos Aires: Humanitas.
- WHYTE, W.F. (1990). *Mondragón, más que una utopía*. San Sebastián: Txertoa.
- WILLMOTT, P. (1963). *The Evolution of a Community. A Study of Dagenham after Forty Years*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- (1989). *Community Initiatives*. Londres: Policy Studies Institute.
- WOOLCOCK, M. (1998). «Social capital and economic development: toward a theoretical synthesis and policy framework». *Theory and Society*, 27, p. 151-208.